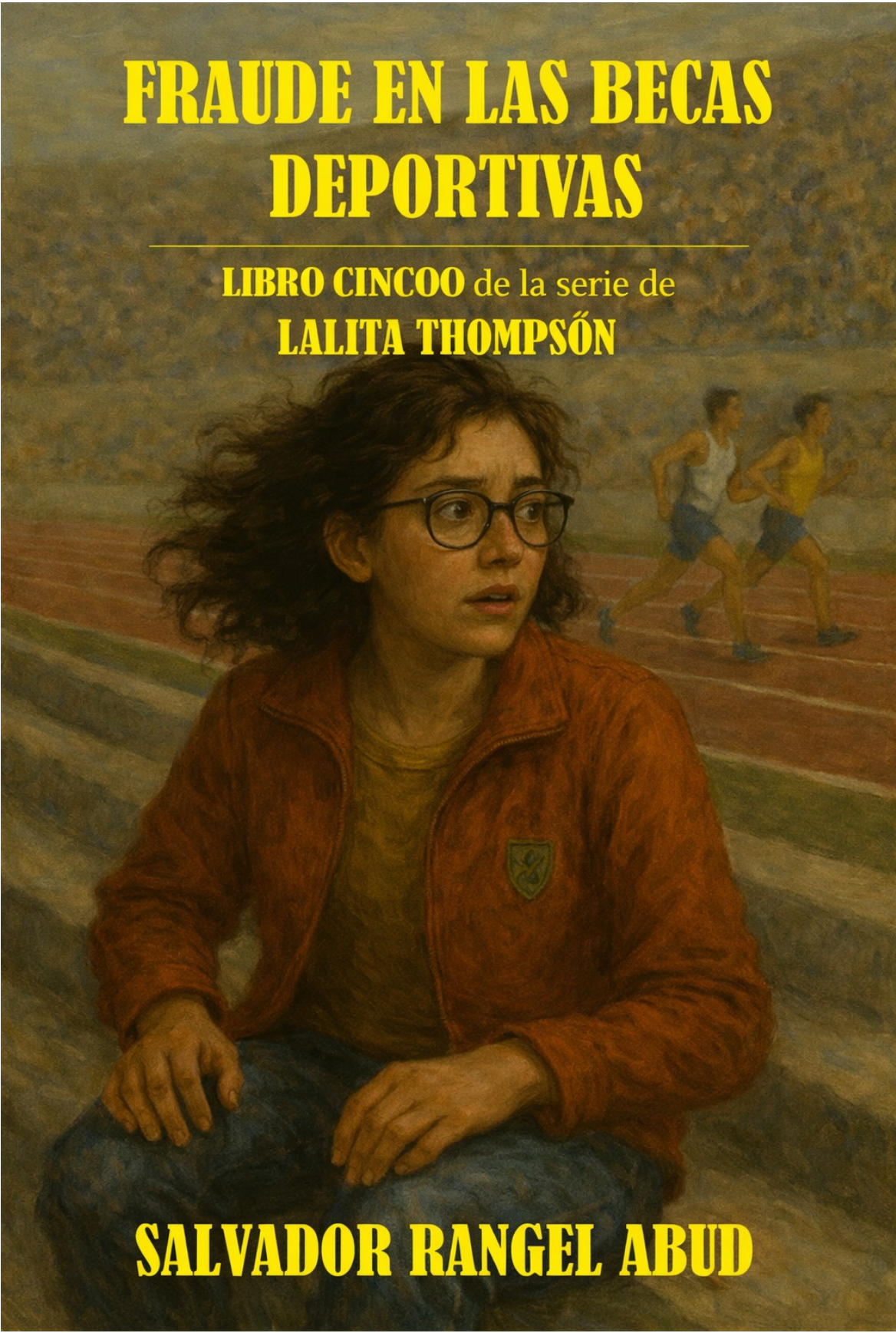


FRAUDE EN LAS BECAS DEPORTIVAS

LIBRO CINCOO de la serie de
LALITA THOMPSÓN

The background of the cover is a painting. In the foreground, a young woman with dark, curly hair and glasses sits on the bleachers of a stadium. She is wearing a brown quilted jacket with a small crest on the left chest and blue jeans. She has a concerned or thoughtful expression. In the background, two male athletes are running on a track. One is wearing a white singlet and blue shorts, the other a yellow singlet and blue shorts. The stadium stands are filled with spectators, though they are out of focus.

SALVADOR RANGEL ABUD

FRAUDE EN LAS BECAS DEPORTIVAS

Quinta aventura de Eulalia "Lalita" Thompson

SINOPSIS

Dos meses después de sobrevivir la navaja de Maldonado, Eulalia "Lalita" Thompson intenta convencerse de que la vida universitaria normal puede ser suficiente. Lo intenta. No lo consigue.

Cuando Zoé le muestra un video de Rodrigo Mendoza —fenómeno del atletismo de la UNVA que rompe récords con una expresión que no es euforia sino alivio— Lalita reconoce el patrón antes de poder nombrarlo: algo no cuadra. Lo que empieza como sospecha sobre un atleta con historial inexistente se convierte en excavación de un esquema sistemático: videos deportivos falsificados con software profesional, becas otorgadas a candidatos fantasma, familias desesperadas explotadas por un subdirector que construyó su negocio privado dentro de la institución pública durante cinco años.

Esta vez Lalita investiga diferente. Con el Proyecto de Integridad Académica Garza como respaldo, con Sofía Landeros como aliada metodológica y con los protocolos que casi morir en el Caso 4 le enseñó a respetar. Cuando Armando Salinas la amenaza con las mismas palabras que usó Maldonado, no enfrenta la situación sola: informa, se resguarda y espera que la justicia haga su parte. Porque la lección más difícil que Lalita Thompson ha aprendido no es cómo resolver un caso sino cómo sobrevivir para resolver el siguiente.

GÉNERO Y SUBGÉNERO

Ficción juvenil — Misterio universitario — Thriller académico — Ficción sobre corrupción institucional y resiliencia

PERFIL DE LA PROTAGONISTA

Eulalia "Lalita" Thompson, 21 años, estudiante de tercer año de psicología en la UNVA. Cuatro casos resueltos, una navaja a cinco centímetros del rostro en el expediente, y sesiones semanales con la Dra. Ruiz como nueva constante de su rutina. Su TOC funcional —la libreta siempre en página impar, la mesa siempre en esquina con vista a todas las salidas, el spray de pimienta siempre en el bolsillo— continúa siendo su arquitectura de trabajo, aunque ahora incluye capas que antes no estaban: hipervigilancia residual, detonantes visuales que el cerebro no distingue todavía entre amenaza real y amenaza recordada, pesadillas que van cediendo espacio muy despacio.

Lo que este caso le exige no es valentía entendida como ausencia de miedo sino valentía entendida como funcionar dentro del miedo con

protocolos que lo vuelvan manejable. Lalita aprende en el Caso 5 que sobrevivir no es rendición: es la condición necesaria para seguir haciendo el trabajo.

Sofía Landeros aporta el rigor metodológico que convierte sospechas en evidencia procesable. Zoé Rivera aporta el ancla pragmática que impide que Lalita se pierda demasiado dentro de los casos. Villarreal aporta la supervisión institucional que esta vez, a diferencia del Caso 4, Lalita no intenta eludir.

TEMÁTICA CENTRAL

La novela examina la corrupción institucional desde su mecanismo más común y menos dramático: no el sabotaje espectacular sino la acumulación gradual de pequeñas decisiones dentro de sistemas que no supervisan a quienes tienen acceso privilegiado. Armando Salinas no irrumpió en la universidad para defraudarla: creció dentro de ella, identificó sus puntos ciegos y los aprovechó con paciencia de cinco años.

El caso explora también la zona gris entre víctima y cómplice: las familias que pagaron por un servicio ambiguamente presentado, el entrenador chantajeado que firmó recomendaciones que sabía falsas, el atleta que eligió no mirar demasiado de cerca lo que estaba sosteniendo. La novela no simplifica esas posiciones: las examina con la misma atención que Lalita dedica al lenguaje corporal de quien tiene algo que ocultar.

MENSAJE IMPLÍCITO

El coraje no es la ausencia de miedo. Es hacer lo correcto a pesar del miedo, con las precauciones que la situación requiere y el equipo que ningún protocolo puede reemplazar. Lalita Thompson aprende en este caso que investigar de manera sostenible no es investigar con menos intensidad: es investigar con más inteligencia. Que sobrevivir para resolver el siguiente caso es, en sí mismo, una forma de justicia.

ESTRUCTURA Y EXTENSIÓN

La novela se compone de ocho capítulos de aproximadamente 2,000 palabras cada uno, más un epílogo que cierra el arco emocional del Caso 5 y tiende el puente hacia la sexta entrega. Extensión total aproximada: 17,000 palabras. El ritmo alterna entre la tensión de la investigación activa y los momentos de procesamiento interno de Lalita —terapia, libreta, conversaciones con su equipo— que son tan constitutivos de esta entrega como la resolución del caso.

PÚBLICO LECTOR

Lectores jóvenes de 14 años en adelante con gusto por el misterio inteligente y los personajes que evolucionan de manera visible entre entrega y entrega. Esta novela recompensa a quienes han seguido la serie desde el principio: el arco de Lalita desde estudiante curiosa de primer año hasta investigadora con trauma procesado y protocolos aprendidos es uno de los elementos narrativos centrales de la entrega. También funciona como punto de entrada para lectores nuevos, siempre que se lea con conciencia de que hay historia acumulada.

VALOR LITERARIO Y EDUCATIVO

Sin volverse didáctica, la novela introduce de manera narrativa conceptos de salud mental aplicada: el PTSD como respuesta fisiológica normal a experiencia anormal, la diferencia entre hipervigilancia adaptativa y miedo paralizante, el papel de la terapia como herramienta de trabajo y no como señal de debilidad. El lector aprende junto a Lalita a distinguir entre miedo que avisa y miedo que miente, entre complicidad elegida y complicidad construida por desesperación, entre justicia perfecta y justicia real. El análisis del lenguaje corporal como herramienta de lectura del comportamiento humano continúa siendo uno de los ejes pedagógicos de la serie.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración hospitalaria y doctorando en ciencias en el Instituto Nacional de Salud Pública. Es también escritor aficionado con más de cien novelas publicadas en distintos géneros, en las que combina su formación científica con su vocación narrativa para crear obras que entretienen y enseñan al mismo tiempo. La serie de Lalita Thompson nace de su convicción de que la mejor literatura juvenil no simplifica el mundo: lo revela con la precisión de quien lo ha observado desde adentro.

PALABRAS CLAVE

Ficción juvenil — Misterio universitario — Becas deportivas — Corrupción institucional — PTSD — Salud mental — TOC funcional — Investigación — Universidad — Falsificación — Fraude académico — Resiliencia — Trabajo en equipo — Serie de novelas — Literatura para jóvenes — México — Campus universitario — Detectives aficionados — Psicología conductual

NOTA DE PUBLICACIÓN Y LICENCIA

Esta obra se publica en acceso abierto a través de Internet Archive como parte del compromiso del autor con la democratización de la lectura y el acceso libre a la cultura.

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

Salvador Rangel Abud © Licencia Creative Commons CC BY-NC-ND 4.0 Atribución — No Comercial — Sin Derivadas

Usted es libre de descargar, almacenar y distribuir esta obra, siempre que: — Se acredite al autor (Salvador Rangel Abud) de manera apropiada. — No se utilice con fines comerciales. — No se modifique, adapte ni genere obra derivada a partir de este material.

Para consultar el texto completo de la licencia:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

CITA REPRESENTATIVA

"Los atletas genuinos tienen hambre específica cuando ganan. Tú tenías alivio. Como alguien que acaba de completar una tarea obligatoria en lugar de lograr un sueño. Eso fue lo primero que supe de ti." — Eulalia "Lalita" Thompson, cafetería del campus, Caso 5

PRÓXIMA ENTREGA

"La venta de garaje" — Sexta aventura de Eulalia "Lalita" Thompson

Cuando el fraude académico en el departamento de Ingeniería amenaza la graduación de decenas de estudiantes, Lalita descubre una red de profesores que venden calificaciones. Esta vez investiga con más paciencia, mejor respaldo y la certeza aprendida de que sobrevivir es más importante que resolver rápido.

Serie Las investigaciones de Lalita Thompson — No. 5/10
wrangel.1352@gmail.com — CC BY-NC-ND 4.0

INDICE

CAPÍTULO 1: El Atleta Perfecto (Demasiado Perfecto)

CAPÍTULO 2: Dinero que Corre (Literal y Figurado)

CAPÍTULO 3: El Coach Que Sabía Demasiado

CAPÍTULO 4: Falsificación en HD

CAPÍTULO 5: La Trampa del Deportista Falso

CAPÍTULO 6: El Subdirector y Sus Secretos

CAPÍTULO 7: El Juego Final

CAPÍTULO 8: Cicatrices y Medallas

Capítulo 1

El Atleta Perfecto (Demasiado Perfecto)

Lalita supo que algo andaba mal cuando sus manos empezaron a temblar sosteniendo el café. No por la cafeína —llevaba años tomando tres tazas diarias sin efectos secundarios— sino por el hombre que acababa de entrar a la cafetería del campus.

Tenía cicatriz en la mejilla izquierda.

No era Maldonado. El hombre era más joven, más delgado, probablemente estudiante de posgrado comprando café antes de clase. La cicatriz era diferente: más pequeña, probablemente de accidente infantil y no de violencia criminal.

Pero durante tres segundos completos, el cerebro de Lalita había gritado *peligro* con intensidad que hizo que su sistema nervioso entrara en alerta máxima.

Respiró. Técnica que la Dra. Ruiz le había enseñado: cuatro segundos inhalando, siete sosteniendo, ocho exhalando. Repetir hasta que el mundo dejara de sentirse como amenaza inminente.

Funcionó. Eventualmente.

El hombre compró su café y se fue sin mirarla siquiera. Lalita permaneció sentada en su mesa de esquina —siempre esquina, siempre con vistas a todas las salidas— esperando a que su pulso volviera a normal.

Habían pasado dos meses desde la bodega. Dos meses desde la navaja de Maldonado a cinco centímetros de su rostro. Dos meses desde que agentes de fiscalía irrumpieron justo a tiempo para evitar que su obituario apareciera en periódico estudiantil.

Maldonado estaba en prisión preventiva esperando juicio. Fiscalía tenía caso sólido. El peligro inmediato había terminado.

Entonces ¿por qué Lalita seguía sobresaltándose cada vez que veía cicatriz facial?

Su teléfono vibró. Mensaje de Zoé:

"¿Sigues viva o te perdiste en tu cabeza de nuevo?"

Lalita sonrió a pesar de sí misma. Zoé la conocía demasiado bien.

"Viva. Mayormente. ¿Dónde estás?"

"Biblioteca, tercer piso. Ven. Tengo chisme jugoso."

Lalita guardó su laptop en la mochila —junto al spray de pimienta que ahora llevaba religiosamente— y caminó hacia la biblioteca. Era mediados de octubre, el campus estaba hermoso con árboles comenzando a cambiar color. Estudiantes caminaban entre clases con esa prisa relajada característica de semestre que ya encontró su ritmo.

Nadie más llevaba spray de pimienta en su mochila.

Nadie más revisaba sobre su hombro cada treinta segundos.

Nadie más tenía pesadillas tres veces por semana sobre navajas en la oscuridad.

La biblioteca era su nuevo santuario. Edificio de cuatro pisos con seguridad en entrada, cámaras en todos los pasillos, múltiples salidas de emergencia claramente marcadas. Después del caso de la residencia, Lalita había mapeado mentalmente todas las rutas de escape de todos los edificios que frecuentaba.

La Dra. Ruiz le había dicho que era conducta de hipervigilancia típica de PTSD. "No es permanente," había asegurado. "Con tiempo y trabajo, tu sistema nervioso aprenderá que estás segura."

Lalita esperaba que tuviera razón. Pero por ahora, la hipervigilancia se quedaba.

Encontró a Zoé en mesa esquinera del tercer piso —por supuesto que era esquinera, Zoé también había adoptado precauciones después del Caso 4— rodeada de libros de texto pero obviamente sin estudiar ninguno.

—Pensé que tenías chisme —dijo Lalita dejándose caer en silla junto a ella.

—Tengo chisme. Pero primero: ¿cómo fue terapia ayer?

—Productiva. Hablamos sobre detonantes visuales. Como cicatrices faciales que me hacen pensar que todo hombre de treinta y tantos es Maldonado reencarnado.

—¿Pasó hoy?

—En la cafetería. Estudiante de posgrado completamente inocente casi me causa ataque de pánico porque tenía cicatriz. Patético, ¿verdad?

Zoé puso su mano sobre la de Lalita brevemente.

—No es patético. Es trauma. Y estás trabajando en ello. Eso es lo que importa.

—¿Y tu chisme? —preguntó Lalita cambiando tema deliberadamente. Hablar sobre su trauma era necesario en terapia pero agotador en conversación casual.

Zoé se inclinó en forma conspiradora

—Rodrigo Mendoza.

—¿El fenómeno del atletismo?

—Exacto. Rompió tres récords universitarios en dos meses. El coach Vázquez dice que es el mejor talento que ha visto en treinta años. Ya hay scouts profesionales preguntando por él.

—¿Y?

—¿Y no te parece sospechoso?

Lalita consideró.

—¿Sospechoso cómo? Talento excepcional existe.

—Sí, pero talento excepcional generalmente tiene historial. Rodrigo no tiene presencia en redes sociales deportivas. Ninguna competencia previa documentada. Ningún entrenador anterior que lo recomiende públicamente. Es como si hubiera aparecido de la nada completamente formado como atleta élite.

Ahí estaba. Esa sensación familiar: patrón que no cuadraba completamente.

Antes del Caso 4, Lalita habría saltado inmediatamente a investigar. Habría buscado a Rodrigo, lo habría observado, habría comenzado a construir perfil psicológico.

Ahora, su primera reacción era diferente: *¿Vale la pena el riesgo?*

—¿Por qué me dices esto? —preguntó cuidadosamente.

Zoé la miró sorprendida.

—Porque eres detective. Y esto huele raro. Pensé que querrías saber.

—Quiero saber. Pero también quiero no morir investigando casos universitarios.

—Lali, este no es caso de prestamistas violentos. Es posible fraude en becas deportivas. Diferente nivel de peligro completamente.

—El Caso 4 empezó como simple extorsión de diario robado. Y terminó con navaja en mi cara.

Zoé se encogió visiblemente. Culpa todavía la carcomía sobre ese caso —su diario robado había desencadenado todo.

—Lo siento. No debí mencionarlo tan casualmente. Si no quieres investigar más casos, lo entiendo completamente.

Lalita respiró profundo. Esto era exactamente el tipo de conversación que había tenido con la Dra. Ruiz múltiples veces.

"El trauma te hace ver peligro donde no necesariamente existe," había dicho la terapeuta. "Pero también te hace ignorar tu instinto genuino porque está mezclado con miedo. Tu trabajo es separar miedo racional de miedo traumático."

—Muéstrame lo que tienes —dijo finalmente.

Zoé sacó su laptop y abrió varios pestañas

—Rodrigo Mendoza. Veinte años, segundo año, beca deportiva completa. Llegó este semestre como transferencia de universidad pequeña en Guanajuato. Según su expediente oficial, ganó campeonatos estatales de atletismo en tres categorías diferentes el año pasado.

—¿Y no hay documentación pública de esos campeonatos?

—Exacto. Busqué en federación estatal de atletismo de Guanajuato. Cero menciones. Busqué en redes sociales de la universidad anterior. Nada. Busqué su nombre en bases de datos de competencias deportivas nacionales. Vacío total.

—¿Contactaste a la universidad anterior?

—Llamé. Dijeron que no podían dar información de estudiantes sin autorización oficial.

—¿Y su presencia en redes sociales personales?

—Tiene Instagram y Facebook pero los abrió hace cuatro meses. Antes de eso, nada. Como si no hubiera existido digitalmente hasta agosto.

Era sospechoso. Definitivamente sospechoso.

—¿Lo has visto competir?

—Una vez. La semana pasada. Hubo exhibición pequeña en el estadio. Rompió récord de 400 metros por tres segundos. Todo el equipo lo celebró como héroe.

—¿Y su lenguaje corporal?

Zoé sonrió.

—Sabía que preguntarías eso. Por eso grabé video.

Giró su laptop hacia Lalita y reprodujo video de treinta segundos: Rodrigo cruzando línea de meta en primer lugar, claramente adelante del segundo competidor. Su tiempo apareció en marcador digital: récord universitario.

Pero Lalita no miraba el tiempo. Miraba su cara.

Cuando atletas genuinos rompen récords personales, hay expresión específica: mezcla de euforia, sorpresa, orgullo. Explosión emocional que no pueden contener porque acaban de lograr algo extraordinario.

Rodrigo no tenía esa expresión.

Tenía expresión de alivio.

Como estudiante que acaba de pasar examen que pensaba que reprobaba. Como persona que acaba de completar tarea desagradable pero necesaria. Como alguien que está aliviado de que performance aceptable haya terminado.

—¿Lo ves? —preguntó Zoé.

—Lo veo.

Lalita reprodujo el video tres veces más, analizando cada micro expresión, cada gesto, cada detalle de lenguaje corporal.

Cuando el equipo lo rodeó para celebrar, Rodrigo sonrió pero sus ojos no participaron. Cuando el coach Vázquez lo abrazó, sus hombros se tensaron ligeramente —no con orgullo sino con incomodidad. Cuando levantaron su brazo en victoria, miró brevemente hacia las gradas con expresión que Lalita reconoció inmediatamente:

Culpa.

—No es atleta real —dijo finalmente.

—¿Cómo sabes?

—Su lenguaje corporal está completamente equivocado. Atletas competitivos genuinos tienen hambre específica. Necesitan ganar, necesitan ser mejores, necesitan demostrar algo. Rodrigo no tiene eso. Él solo necesita... cumplir.

—¿Cumplir qué?

—Expectativas. De alguien. Por alguna razón que probablemente no es deportiva.

Zoé cerró su laptop.

—Entonces, ¿lo investigamos?

Y ahí estaba la pregunta de 600,000 pesos.

Lalita pensó en la Dra. Ruiz. En Villarreal. En las reglas nuevas del Proyecto Garza después del Caso 4: nada de investigaciones solitarias, nada de riesgos innecesarios, nada de heroísmos impulsivos.

—Primero hablo con Villarreal. Si él aprueba el caso y establece protocolos de seguridad, entonces sí.

—¿Cuándo hablas con él?

Lalita revisó su teléfono. Las 2:30 PM.

—Tiene horario de oficina a las 4. Voy entonces.

—¿Quieres que vaya contigo?

Lalita consideró. Parte de ella quería decir que sí —Zoé era apoyo emocional crucial. Pero otra parte reconocía que necesitaba hacer esto sola. Demostrar a sí misma que podía manejar conversaciones profesionales sin muletas.

—Voy sola. Pero gracias.

Pasó las siguientes noventa minutos en su mesa esquinera de biblioteca pretendiendo estudiar para examen de Neuropsicología pero en realidad observando.

Específicamente, observando a Rodrigo Mendoza.

Lo había ubicado en mesa del primer piso, rodeado de compañeros de equipo pero no realmente participando en conversación. Tenía laptop abierta con lo que parecía tarea de matemáticas. Tomaba notas ocasionalmente. Sonreía cuando sus compañeros hacían chistes pero, de nuevo, sus ojos no participaban completamente.

Era actuación. Competente pero actuación al fin.

¿Actuación de qué exactamente? Esa era la pregunta.

A las 3:55 PM, Lalita caminó hacia edificio de Ciencias Sociales donde Villarreal tenía su oficina. El pasillo del tercer piso olía a café institucional y papel viejo —olor reconfortante de academia que nunca cambiaba.

Tocó la puerta.

—Adelante.

El Dr. Villarreal estaba sentado detrás de su escritorio caótico con pila de ensayos estudiantiles a un lado y laptop mostrando lo que parecía análisis estadístico al otro. Se quitó los lentes al verla —gesto que Lalita había aprendido a reconocer como señal de que le daría atención completa.

—Señorita Thompson. ¿Cómo está?

—Funcionando.

—Respuesta honesta. Aprecio eso. ¿Qué puedo hacer por usted?

Lalita se sentó en silla frente al escritorio —la misma silla donde se había sentado docenas de veces durante tres años de trabajar en el Proyecto Garza.

—Posible caso nuevo. Quiero su evaluación antes de proceder.

Villarreal asintió aprobatoriamente.

—Procedimiento correcto. Cuénteme.

Lalita le explicó todo: Rodrigo Mendoza, los récords imposibles, la falta de historial deportivo verificable, el lenguaje corporal incongruente, las redes sociales sospechosamente nuevas.

Villarreal escuchó sin interrumpir, tomando notas ocasionales en libreta amarilla casi idéntica a la de Lalita.

Cuando terminó, él permaneció en silencio durante treinta segundos completos —otro gesto que Lalita reconocía como procesamiento intenso.

—¿Cuál es su hipótesis preliminar? —preguntó finalmente.

—Fraude en beca deportiva. Alguien falsificó credenciales atléticas de Rodrigo para conseguirle admisión. Probablemente a cambio de pago significativo.

—¿Y él es cómplice o víctima?

—Ambos posiblemente. Su culpa sugiere que sabe que está participando en fraude. Pero su incomodidad sugiere que no fue completamente idea suya.

—¿Nivel de peligro estimado?

Ahí estaba la pregunta crucial.

—Bajo a medio. Esto parece fraude financiero, no crimen violento organizado. Pero...

—¿Pero?

—Pero el Caso 4 también parecía simple extorsión estudiantil al principio.

Villarreal la miró con expresión que mezclaba comprensión y preocupación paternal.

—El Caso 4 escaló porque usted investigó sola sin soporte adecuado y confrontó criminal violento en territorio aislado. Si investigamos este caso, ¿qué haría diferente?

Lalita había preparado respuesta.

—Nunca investigo sola. Sofía maneja toda tecnología y datos. Zoé viene a entrevistas como testigo. Usted supervisa directamente. Consultamos a fiscalía temprano si encontramos evidencia de crimen serio. Y no confronto a nadie sin autoridades presentes.

—¿Y si el caso se vuelve más peligroso de lo anticipado?

—Lo escalo inmediatamente o lo abandono. Mi vida vale más que cerrar caso.

Villarreal sonrió levemente —aprobación rara pero significativa.

—Esa es respuesta correcta. Hace tres meses habría dicho algo diferente sobre no abandonar casos.

—Hace tres meses era más idiota.

—No idiota. Valiente pero imprudente. Ahora es valiente Y prudente. Esa combinación es mucho más efectiva.

—¿Entonces aprueba la investigación?

—Con condiciones. Primera: reunión de equipo completo antes de cualquier acción. Segunda: usted me reporta progreso cada tres días mínimo. Tercera: cualquier amenaza, cualquier intimidación, cualquier señal de peligro se reporta inmediatamente a mí y a seguridad del campus. Cuarta: si digo que para, para. Sin excepciones.

—Acepto todas las condiciones.

—Bien. Convoque reunión de equipo para mañana. Vamos a hacer esto correctamente desde el principio.

Lalita se levantó para irse pero Villarreal habló de nuevo:

—Señorita Thompson, una cosa más.

—¿Sí?

—Me alegra verla de vuelta. El Proyecto Garza no era lo mismo sin usted. Pero también... tenga paciencia consigo misma. El trauma no desaparece en dos meses. Habrá días difíciles.

—Lo sé. La Dra. Ruiz me lo recuerda constantemente.

—Bien. Significa que está funcionando la terapia. Nos vemos mañana.

Esa noche, Lalita se sentó en su escritorio con su libreta amarilla abierta. Primera entrada en dos meses:

"Posible Caso 5: Fraude en becas deportivas.

Sujeto: Rodrigo Mendoza, 20 años, atleta imposible sin historial verificable.

Hipótesis: Alguien vendió beca deportiva fraudulenta. Pregunta: ¿quién, cuánto, y cuántos más?

Estado personal: Tengo miedo. Todavía. Cada vez que pienso en investigar nuevo caso, parte de mí recuerda la bodega. La navaja. La certeza de que iba a morir.

Pero otra parte —la parte que me hizo detective en primer lugar— recuerda por qué hago esto. Porque sistemas corruptos no se exponen solos. Porque víctimas necesitan justicia. Porque alguien tiene que preocuparse.

Diferencia esta vez: No voy sola. Tengo equipo. Tengo protocolos. Tengo límites claros entre valentía y estupidez.

Hace tres meses, no tenía esos límites. Y casi me matan.

Esta vez, los tengo. Y voy a sobrevivir para resolver este caso.

Y el siguiente.

Y el siguiente.

Porque Eulalia Thompson no es detective que se rinde.

Es detective que aprende.

Y esa es exactamente la detective que este caso necesita."

Cerró la libreta y miró por ventana hacia campus oscuro.

En algún lugar ahí afuera, Rodrigo Mendoza estaba viviendo mentira. Y alguien —probablemente alguien con poder institucional— estaba ganando dinero con esa mentira.

Lalita iba a descubrir quién.

Pero esta vez, lo haría inteligentemente.

Esta vez, sobreviviría.
Y esa no era rendición.
Era evolución.

Capítulo 2

Dinero que Corre (Literal y Figurado)

La oficina del Proyecto de Integridad Académica Garza estaba en el sótano del edificio de Ciencias Sociales —ubicación deliberadamente discreta que Villarreal había elegido años atrás cuando fundó el proyecto. Era espacio pequeño: tres escritorios, pizarra blanca cubierta de notas de casos anteriores, estantería con manuales legales y textos de ética, y cafetera que producía café que Sofía juraba era "crimen contra humanidad líquido" pero que todos tomaban de todas formas.

A las 10 AM del día siguiente, el equipo completo estaba reunido.

Lalita llegó primero —siempre llegaba primero ahora, necesitaba tiempo para acomodarse al espacio, verificar salidas, sentirse segura antes de que otros llegaran. Hábito nuevo que la Dra. Ruiz había identificado como "estrategia de afrontamiento adaptativa" en lugar de "conducta patológica". Lalita apreciaba la distinción.

Sofía Landeros entró cinco minutos después con laptop bajo brazo y termo de café traído de casa —se negaba a beber el café de oficina por principios. Tenía cabello corto teñido de azul oscuro —nuevo desde el Caso 4— y expresión perpetuamente seria que ocultaba sentido de humor sarcástico devastador.

—¿Cómo dormiste? —preguntó sentándose en su escritorio habitual.

—Tres horas. Pesadilla sobre navajas. Después no pude volver a dormir.

—¿Tomaste tu melatonina?

—Sí. No funcionó.

—Mierda. ¿Ya le dijiste a la Dra. Ruiz?

—Tengo sesión el viernes. Se lo diré entonces.

Sofía asintió sin presionar más. Había aprendido cuándo Lalita necesitaba espacio versus cuándo necesitaba que la empujaran. Era equilibrio delicado que solo amistad genuina permitía.

Zoé llegó exactamente a las 10:03 —nunca era puntual pero nunca llegaba más de cinco minutos tarde. Traía caja de donas del supermercado.

—Soborno para endulzar las malas noticias —anunció dejando la caja en mesa central.

—¿Qué malas noticias? —preguntó Lalita alarmada.

—Asumo que todas las investigaciones del Proyecto Garza eventualmente tienen malas noticias. Estoy siendo proactiva.

Villarreal fue el último en llegar, cargando portafolio de cuero gastado y expresión de quien ya llevaba cuatro horas trabajando a pesar de que apenas eran las 10 AM.

—Buenos días. Veo que tenemos donas. Excelente. Las necesitaremos.

Se sentó en silla giratoria que rechinaba —se negaba a pedir una nueva diciendo que el rechinar le recordaba mantener la mente ágil— y abrió libreta.

—Bien. Caso potencial: fraude en becas deportivas. Señorita Thompson, presente formalmente.

Lalita se levantó —viejo hábito de sus primeros casos que nunca había abandonado— y comenzó:

—Rodrigo Mendoza. Veinte años, segundo año de Administración, transferencia de Universidad Tecnológica de León, Guanajuato. Beca deportiva completa valorada en aproximadamente 200,000 pesos anuales. Especialidad: atletismo, velocidad y medio fondo.

Conectó su laptop al proyector que Sofía había instalado hacía dos semestres. Aparecieron fotos de Rodrigo: oficial de admisiones, del equipo deportivo, y los “pantallazos” que Zoé había encontrado de sus redes sociales.

—En dos meses desde su llegada, ha roto tres récords universitarios. El coach Vázquez lo llama “el mejor talento en treinta años”. Hay scouts profesionales preguntando por él.

—Impresionante —comentó Villarreal—. ¿Dónde está el problema?

—El problema es que no existe historial deportivo verificable anterior a agosto. Cero presencia en bases de datos de competencias estatales o nacionales. Cero menciones en redes sociales deportivas. Su universidad anterior no confirma ni niega su participación en equipos.

Lalita reprodujo el video que Zoé había grabado.

—Y su lenguaje corporal al competir es completamente incongruente con atleta genuino de élite.

Los tres observaron en silencio mientras Rodrigo cruzaba la meta con expresión de alivio en lugar de triunfo.

—Veo lo que dices —murmuró Sofía—. Ese no es lenguaje corporal de ganador. Es lenguaje corporal de impostor que acaba de pasar inspección.

—Exacto.

Villarreal se quitó los lentes y los limpió —señal de procesamiento profundo.

—Hipótesis: alguien falsificó credenciales deportivas de Rodrigo para conseguirle beca fraudulenta. ¿Con qué propósito?

—Dinero —dijo Sofía inmediatamente—. Alguien le vendió la beca. O alguien dentro de la universidad está vendiendo becas deportivas a estudiantes que no califican.

—¿Quién tendría poder para hacer eso? —preguntó Zoé.

—Departamento de Admisiones —sugirió Lalita—. Específicamente, quienquiera que procese solicitudes de becas deportivas.

—O el departamento deportivo mismo —agregó Sofía—. Coaches tienen influencia significativa en decisiones de becas.

Villarreal anotó en su libreta.

—Necesitamos datos. Señorita Landeros, ¿puede acceder a registros de becas deportivas sin levantar banderas?

Sofía sonrió —sonrisa rara que aparecía solo cuando le pedían hackear algo oficialmente autorizado.

—Puedo. Dame tres horas y tendré lista completa de becados deportivos de últimos tres años con detalles de solicitud.

—Hágalo. Pero legalmente. Nada que pueda usarse contra nosotros si esto va a corte.

—Siempre legalmente, doctor. Usted me ofende.

No era completamente verdad —Sofía tenía habilidades de hacking que técnicamente violaban varios estatutos federales— pero Villarreal había aprendido a no preguntar detalles específicos.

—Señorita Martínez —continuó Villarreal—, usted investiga a Rodrigo personalmente. Redes sociales, antecedentes familiares, situación económica. Construya perfil completo pero discretamente.

—¿Discretamente cómo?

—No lo contacte directamente. No hable con él. Solo observación pasiva y búsqueda pública de información.

—Entendido.

—¿Y yo? —preguntó Lalita.

—Usted investiga al coach Vázquez. Treinta años en esta universidad significa que tiene historia, relaciones, posible vulnerabilidad que alguien podría explotar. Y si este fraude es sistemático, él necesariamente sabe algo.

—¿Lo entrevistó?

—Todavía no. Primero construya perfil de lejos. Cuando tengamos datos completos de Sofía y contexto de Zoé, entonces decidimos estrategia de entrevista.

Era aproximación metódica. Cuidadosa. Exactamente opuesta a cómo Lalita había operado en casos anteriores donde lanzarse de cabeza era su modo default.

—¿Línea de tiempo? —preguntó Sofía.

—Tres días para recolección de información inicial. Luego nos reunimos de nuevo para evaluar. Si encontramos evidencia sólida de fraude, contactamos a administración universitaria formalmente. Si hay indicios de criminalidad real, contactamos directamente al fiscal Ramírez.

—¿Y si no encontramos nada? —preguntó Zoé—. ¿Y si Rodrigo simplemente es atleta tardío que floreció recientemente?

—Entonces nos disculpamos mentalmente por sospechar y seguimos adelante —dijo Villarreal—. Pero intuición de la señorita Thompson raramente está equivocada. Y el lenguaje corporal no miente.

La reunión terminó con asignaciones claras. Sofía desapareció inmediatamente hacia su laptop. Zoé se fue a biblioteca a comenzar investigación de redes sociales. Villarreal regresó a sus deberes administrativos.

Lalita se quedó en oficina durante varios minutos después de que todos se fueran, mirando la pizarra blanca donde habían mapeado el caso.

En esquina superior derecha, con letra de Villarreal, estaba escrito:

"PROTOCOLO DE SEGURIDAD:

- 1. Nunca solos*
- 2. 2. Reportar amenazas inmediatamente*
- 3. 3. Escalar si peligroso*
- 4. 4. La vida > cerrar caso"*

Era recordatorio que no había estado ahí en casos anteriores.

Era recordatorio que existía porque ella había casi muerto.

Lalita tocó la cicatriz invisible en su psique —no física pero igual de permanente— y salió de la oficina.

Las siguientes 72 horas fueron de investigación silenciosa e intensiva.

Sofía trabajó su magia tecnológica. Con autorización oficial de Villarreal —quien había usado sus contactos en administración para conseguir acceso "auditoría académica rutinaria"— descargó registros completos de becas deportivas de últimos tres años.

Lo que encontró fue perturbador.

En reunión del segundo día, presentó sus hallazgos con expresión triste:

—Últimos tres años: 47 becas deportivas otorgadas. De esas, 44 tienen documentación verificable completa —videos de competencias, cartas de recomendación de entrenadores previos, historial en bases de datos deportivas federales.

—¿Y las otras tres? —preguntó Lalita.

—Rodrigo Mendoza, atletismo. Marina Salazar, natación. Kevin Torres, básquetbol. Los tres llegaron en los últimos dos semestres. Los tres con expedientes "perfectos" que no verifican externamente. Los tres sin presencia digital deportiva anterior a su llegada a UNVA.

—Tres atletas fantasma —murmuró Villarreal.

—Peor. Tres becas deportivas completas que suman 600,000 pesos anuales. Si esto es fraude, alguien está ganando mucho dinero.

Lalita sintió el familiar hormigueo de reconocimiento de patrón.

—¿Quién procesó las tres solicitudes?

Sofía giró su laptop mostrando formularios digitales.

—Todas pasaron por el Lic. Armando Salinas, subdirector de Becas y Ayuda Financiera. Él firma aprobación final.

—¿Es usual que la misma persona procese múltiples becas?

—Sí y no. Salinas es subdirector, su trabajo incluye aprobar becas. Pero normalmente hay comité revisor. Estas tres becas tienen nota: "Aprobación expedita por recomendación directa del departamento deportivo". Básicamente, atajo burocrático.

—¿Y quién del departamento deportivo las recomendó?

—Adivina.

—El coach Vázquez.

—Bingo. Las tres aplicaciones tienen carta de recomendación entusiasta de Vázquez. "Talento excepcional", "potencial olímpico", "oportunidad única para UNVA".

Lalita abrió su libreta y comenzó a mapear conexiones.

—Entonces tenemos: tres atletas sospechosos, un subdirector que aprueba expeditamente, y un coach que los recomienda calurosamente. ¿Es Salinas corrupto, Vázquez corrupto, o ambos?

—O ambos están siendo engañados por alguien más arriba —sugirió Zoé—. No asumamos culpa todavía.

—Punto válido —concedió Villarreal—. ¿Qué más tenemos?

Zoé abrió su propia laptop.

—Perfil de Rodrigo Mendoza. Viene de familia de clase media en Guanajuato. Padre dueño de ferretería pequeña. Madre trabaja en gobierno municipal. Dos hermanos menores. Nada excepcionalmente rico pero tampoco pobre.

—¿Podrían pagar 200,000 pesos de colegiatura anual?

—Difícil pero no imposible. Tendrían que sacrificar mucho.

—Entonces la beca les resuelve problema financiero significativo —observó Lalita—. Suficiente motivación para participar en fraude si alguien les ofreció solución.

—Aquí se pone interesante —continuó Zoé—. El padre de Rodrigo tuvo crisis financiera hace dos años. Préstamo bancario grande que casi pierde su negocio. Según registros públicos, saldó la deuda completamente hace ocho meses.

—¿Cuánto?

—450,000 pesos.

Silencio cayó sobre la oficina.

—Esa es suma significativa para ferretería pequeña —dijo Villarreal lentamente—. ¿De dónde salió ese dinero?

—No lo sé. Registros públicos no especifican origen de pago. Pero el timing es sospechoso: salda deuda imposible en marzo, Rodrigo consigue beca deportiva fraudulenta en agosto.

Las piezas comenzaban a encajar.

—¿Y los otros dos atletas? —preguntó Lalita—. ¿Marina y Kevin?

—Trabajando en eso todavía —admitió Zoé—. Pero apuesto a que encontraremos patrones similares. Crisis financiera familiar, resolución misteriosa, luego beca deportiva mágica.

Sofía tecleó en su computadora.

—Si esto es esquema organizado, alguien está reclutando familias desesperadas, ofreciéndoles solución financiera a cambio de participar en fraude de becas. Probablemente cobrando comisión significativa.

—¿Cómo funciona económicamente? —preguntó Zoé—. La universidad otorga becas, no recibe dinero por ellas.

—No directamente —explicó Villarreal—. Pero becas deportivas vienen de fondos de donadores externos. Exalumnos ricos, patrocinadores corporativos. Ese dinero está designado específicamente para atletas. Si alguien puede manipular el sistema, puede desviar fondos.

—O —sugirió Sofía—, alguien les cobra a las familias por "garantizar" la beca. Las familias pagan, digamos, 100,000 pesos por beca que vale 200,000. Ahorran 100k, el estafador gana 100k, y la universidad pierde 200k de su fondo de becas sin darse cuenta porque el papeleo parece legítimo.

Era esquema elegante en su simpleza.

—Necesitamos hablar con Rodrigo —dijo Lalita.

—No todavía —cortó Villarreal—. Si lo asustamos prematuramente, alerta a quien sea que esté detrás de esto. Primero necesitamos identificar al operador principal.

—Salinas o Vázquez.

—O ambos. O ninguno —ellos son solo intermediarios y hay alguien más arriba.

Lalita odiaba admitirlo pero Villarreal tenía razón. Movimiento prematuro arruinaría el caso.

—¿Entonces cuál es siguiente paso?

—Yo investigo a Salinas —dijo Sofía—. Finanzas personales, estilo de vida, buscar señales de ingreso inexplicable.

—Yo termino perfiles de Marina y Kevin —agregó Zoé.

—Y yo me encargo del coach Vázquez —concluyó Lalita.

Villarreal asintió.

—Tres días más. Luego decidimos estrategia de confrontación. Pero recuerden: esto es potencialmente fraude federal. Cientos de miles de pesos. Posible crimen organizado. No subestimen el peligro.

Sus palabras cayeron sobre Lalita como peso familiar.

Peligro.

Siempre había peligro.

Pero esta vez, ella estaba preparada.

Esta vez, tenía equipo.

Esta vez, no iba sola a ninguna bodega abandonada.

Esa noche, Lalita se sentó en biblioteca del campus —su santuario— investigando al coach Vázquez.

Arturo Vázquez. 58 años. Entrenador principal de atletismo en UNVA desde hacía 30 años. Casado, tres hijos adultos. Vivía en casa modesta en colonia de clase media. Conducía Toyota de diez años. Sus redes sociales mostraban vida normal: fotos de nietos, celebraciones de cumpleaños, ocasional foto de equipo deportivo.

No había señales obvias de riqueza inexplicable.

Pero había algo más sutil que Lalita notó.

En los últimos seis meses, Vázquez había cancelado varios eventos públicos que anteriormente nunca perdía: cena anual de exalumnos deportivos, maratón de caridad local, exhibición interuniversitaria. Cada cancelación con excusa vaga: "compromisos familiares", "asunto personal", "problema de salud menor".

En sus fotos recientes de redes sociales, su sonrisa no llegaba a sus ojos.

Y en video del mes pasado de entrevista con periódico estudiantil sobre la temporada de atletismo, había micro expresión que Lalita reconoció inmediatamente cuando mencionaron a Rodrigo:

Incomodidad profunda.

No culpa exactamente. No miedo tampoco.

Algo entre ambos. Algo como... compromiso forzado.

Lalita cerró su laptop y escribió en su libreta:

"Coach Vázquez: no es criminal entusiasta. Es hombre atrapado. La pregunta es: ¿atrapado por quién y con qué leverage?"

Miró alrededor de la biblioteca. Estudiantes estudiando, parejas susurrando, vida universitaria normal fluyendo alrededor de ella.

Y en algún lugar de ese flujo normal, había sistema corrupto funcionando silenciosamente.

Becas siendo vendidas.

Familias siendo explotadas.

Universidad siendo defraudada.

Y Lalita Thompson iba a exponerlo.

Pero primero, necesitaba entender exactamente cómo funcionaba la máquina.

Porque solo entendiendo la máquina podrías desarmarla sin que te destruyera en el proceso.

Esa era lección que había aprendido con sangre metafórica en el Caso 4. No la olvidaría.

Capítulo 3

El Coach Que Sabía Demasiado

Lalita llevaba tres días observando al coach Vázquez desde distancia segura —biblioteca con vistas al campo deportivo, cafetería cerca del gimnasio, pasillos del edificio de Educación Física donde tenía su oficina— cuando finalmente decidió que necesitaba aproximación directa.

Pero esta vez, no iría sola.

—¿Estás segura de que es buena idea? —preguntó Zoé mientras caminaban juntas hacia el complejo deportivo a las 4 PM del jueves. Habían elegido ese horario deliberadamente: después de entrenamientos pero antes de que Vázquez se fuera a casa.

—No estoy segura de nada —admitió Lalita—. Pero necesitamos confirmar si él es cómplice o víctima. Y su lenguaje corporal me dirá más que cualquier investigación de internet.

—¿Y yo qué hago exactamente?

—Tú eres testigo silenciosa. Observas, recuerdas, y si algo sale mal, llamas inmediatamente a Villarreal.

Zoé tocó su teléfono en el bolsillo de su chamarra.

—Tengo a Villarreal en marcado rápido. Y a seguridad del campus. Y al fiscal Ramírez aunque probablemente es exageración.

—No es exageración. Es precaución. Diferencia crucial que aprendí con sangre metafórica.

La oficina de Vázquez estaba en segundo piso del gimnasio, pasillo que olía a desinfectante mezclado con sudor atlético. La puerta tenía placa: "Arturo Vázquez - Entrenador Principal, Atletismo". Estaba entreabierta.

Lalita tocó.

—¿Sí? —La voz sonaba cansada.

Entraron. La oficina era pequeña y funcional: escritorio metálico cubierto de planes de entrenamiento, pizarra con horarios del equipo, estantería con trofeos acumulados de treinta años, foto familiar en marco plateado mostrando a Vázquez más joven con esposa y tres niños.

El coach Vázquez estaba sentado detrás del escritorio con café en taza desechable que claramente ya estaba frío. Tenía cincuenta y ocho años pero lucía más viejo —líneas profundas de preocupación alrededor de ojos, hombros encorvados, expresión de hombre que carga peso invisible.

—¿Señoritas? ¿En qué puedo ayudarles?

—Coach Vázquez, soy Lalita Thompson, estudiante de tercer año de Psicología. Ella es Zoé Martínez. Estamos haciendo investigación sobre nutrición deportiva para proyecto académico y nos preguntábamos si podríamos hacerle algunas preguntas.

Era pretexto que habían preparado cuidadosamente —suficientemente inocente para no levantar alarmas, suficientemente específico para parecer legítimo.

Vázquez vaciló. Sus manos —sosteniendo bolígrafo— se tensaron ligeramente.

—¿Proyecto académico para qué clase?

—Psicología del Deporte, con la Dra. Paredes.

Era verdad a medias. La Dra. Paredes enseñaba esa clase. Lalita no estaba inscrita pero Vázquez probablemente no verificaría.

—Entiendo. ¿Qué necesitan saber?

Lalita sacó libreta y bolígrafo —utilería para parecer estudiante seria tomando notas.

—Estamos particularmente interesadas en cómo maneja nutrición de atletas de alto rendimiento. Especialmente atletas que mejoran dramáticamente en corto tiempo.

Ahí. Micro expresión fugaz: tensión en mandíbula, desviación brevísima de mirada.

Culpa.

O miedo.

Posiblemente ambos.

—Bueno, nutrición es fundamental por supuesto. Proteínas, carbohidratos complejos, hidratación adecuada...

Continuó con explicación técnica competente pero genérica que cualquier entrenador conocería. Lalita tomaba notas automáticamente mientras observaba lo que realmente importaba: su lenguaje corporal.

Cuando hablaba de nutrición general, estaba relajado. Profesional. Confiado.

Pero cuando Lalita preguntó específicamente:

—¿Ha tenido atletas recientemente que muestren mejora excepcional? Me refiero a casos donde nutrición optimizada realmente transformó rendimiento.

Vázquez se tensó completamente.

—Algunos. Tenemos programa nutricional excelente aquí.

—¿Como Rodrigo Mendoza? He escuchado que rompió tres récords en dos meses. Eso es notable.

El bolígrafo en manos de Vázquez tembló visiblemente antes de que lo dejara en escritorio.

—Rodrigo es... talento excepcional.

—¿Entrenó con usted antes de llegar a UNVA?

—No. Vino de programa en Guanajuato.

—¿Qué programa específicamente?

—No recuerdo el nombre exacto. Universidad Tecnológica de León creo.

—¿Habló con su entrenador anterior sobre técnicas de entrenamiento?

Pausa demasiado larga.

—No. No fue necesario. Rodrigo llegó... muy bien preparado.

Lalita anotó eso en su libreta mientras continuaba:

—¿Y Marina Salazar? La nadadora. ¿También tiene historia nutricional interesante?

El rostro de Vázquez perdió color perceptiblemente.

—¿Por qué preguntan sobre Marina?

—Oh, solo porque también es atleta destacada reciente. Pensamos que podría tener estrategias nutricionales que valga la pena documentar para nuestro proyecto.

—No trabajo directamente con natación. Ese es otro departamento.

—Pero usted la recomendó para su beca deportiva, ¿verdad? Leímos eso en registros públicos de becas.

Vázquez se levantó abruptamente.

—¿Qué es esto realmente? Esto no es proyecto sobre nutrición.

Lalita mantuvo tono calmado, no acusatorio:

—Tiene razón. No es solo sobre nutrición. Estamos investigando irregularidades en el proceso de becas deportivas. Y su nombre aparece en documentación de tres becas que tienen... problemas de verificación.

—¿Problemas de verificación? No sé de qué hablan. Todas las becas que he recomendado son legítimas.

—¿Entonces puede proporcionarnos información de contacto de los entrenadores anteriores de Rodrigo, Marina y Kevin? Para verificar sus credenciales deportivas para nuestro proyecto académico, por supuesto.

—No tengo esa información aquí. Tendría que buscarla.

—¿En los archivos de solicitud? Podemos esperar.

—¡No! Quiero decir... necesitarían autorización formal de la universidad para acceder a esos archivos. No puedo simplemente darles información confidencial de estudiantes.

Era evasión obvia. Y su lenguaje corporal gritaba pánico contenido.

Lalita cambió táctica. Suavizó su tono:

—Coach Vázquez, no estamos aquí para causar problemas. Pero hemos notado patrones que sugieren que algo irregular está pasando con becas deportivas. Y su nombre aparece vinculado. Si usted está siendo presionado o manipulado de alguna forma, necesitamos saberlo para ayudarlo.

Por un momento —solo un momento— vio algo en sus ojos: alivio mezclado con terror.

Pero el momento pasó. Se recompuso, cruzó brazos defensivamente:

—No estoy siendo presionado ni manipulado. Estoy haciendo mi trabajo como lo he hecho durante treinta años. Y sugiero que si tienen acusaciones serias, las lleven a administración formal en lugar de emboscar entrenadores con pretextos falsos.

—No son acusaciones. Son preguntas.

—Preguntas que no voy a responder sin representación presente. Ahora, si me disculpan, tengo trabajo que hacer.

Era despedida clara. Lalita y Zoé no tenían poder legal para obligarlo a continuar conversación.

Salieron de la oficina en silencio. Esperaron hasta estar fuera del edificio deportivo completamente antes de hablar.

—Está aterrado —dijo Zoé inmediatamente.

—Completamente. Pero no de nosotras. De quien sea que esté detrás del esquema de becas.

—¿Viste cómo tembló cuando mencionaste a Marina?

—Vi. Y cómo se puso defensivo cuando sugerimos que podríamos ayudarlo si estaba siendo presionado. Quiso aceptar, lo vi en su expresión. Pero algo se lo impidió.

—¿Miedo?

—Miedo a consecuencias específicas. No miedo abstracto. Miedo de alguien concreto.

Lalita sacó su teléfono y llamó a Villarreal. Contestó al segundo timbre.

—¿Cómo fue?

—Vázquez sabe algo pero está aterrado. Necesita protección antes de que hable. Y necesitamos identificar quién lo tiene amenazado.

—Vengan a la oficina. Sofía encontró algo sobre Salinas que cambia todo.

Treinta minutos después, el equipo completo estaba reunido de nuevo en la oficina del Proyecto Garza. Sofía tenía expresión de gato que atrapó ratón particularmente gordo.

—Armando Salinas —comenzó girando su laptop—. Subdirector de Becas. Salario oficial: 32,000 pesos mensuales. Bastante bien pero no excepcional.

—¿Y su estilo de vida? —preguntó Lalita.

—Ahí está el problema. En los últimos dos años: compró BMW nuevo valorado en 850,000 pesos. Renovó su casa completamente, estimado 600,000 pesos. Tres vacaciones a Europa, aproximadamente 150,000 pesos cada una. Mandó a su hija a universidad privada en Estados Unidos, colegiatura 45,000 USD anuales.

Hizo pausa dramática.

—Todo eso suma aproximadamente dos millones de pesos en gastos en dos años. Con salario de 768,000 pesos en mismo periodo.

—¿De dónde salió el otro millón doscientos mil? —preguntó Zoé.

—Oficialmente, de "inversiones exitosas". Tiene empresa de consultoría registrada que supuestamente le genera ingresos adicionales. Pero cuando investigué esa empresa...

Sofía abrió registros públicos en pantalla.

—...es cáscara vacía. Sin clientes verificables, sin contratos documentados, sin evidencia de trabajo real. Es simplemente vehículo para lavar dinero.

—Dinero de vender becas fraudulentas —concluyó Villarreal.

—Eso creo. Y aquí está la conexión con Vázquez: hace seis meses, el hijo menor del coach tuvo accidente automovilístico serio. Gastos médicos no cubiertos por seguro: aproximadamente 450,000 pesos. Facturas hospitalarias públicamente registradas.

—Mierda —murmuró Lalita.

—Espera, se pone mejor. O peor, dependiendo de perspectiva. Esas facturas fueron pagadas por "donación anónima caritativa" canalizada a través de... ¿adivinen qué?

—La empresa de consultoría de Salinas.

—Correcto. Salinas pagó las cuentas médicas del hijo de Vázquez. Y curiosamente, Vázquez comenzó a recomendar atletas sospechosos para becas exactamente dos semanas después de que las facturas fueron pagadas.

El cuadro completo se reveló claramente:

Salinas operaba esquema de becas fraudulentas. Familias desesperadas pagaban por "garantizar" becas para sus hijos. Salinas falsificaba credenciales, procesaba solicitudes con aprobación expedita, y embolsaba el dinero.

Pero necesitaba validación de departamento deportivo. Necesitaba que entrenadores recomendaran a estos atletas falsos.

Así que había encontrado entrenador vulnerable —Vázquez con hijo en crisis médica— y lo había comprado con chantaje emocional disfrazado de caridad.

—No es cómplice voluntario —dijo Lalita—. Es víctima siendo extorsionada.

—Técnicamente sigue siendo cómplice —corrigió Villarreal—. Pero con atenuantes significativos. Si testifica contra Salinas, probablemente evita prisión.

—¿Y los atletas? ¿Rodrigo, Marina, Kevin?

—También víctimas en cierto sentido —dijo Zoé—. Sus familias fueron engañadas o desesperadas o ambos. Pierden sus becas pero probablemente no van a prisión.

—Salinas es el verdadero criminal —concluyó Sofía—. Y acabamos de construir caso sólido contra él.

Villarreal abrió su portafolio y sacó teléfono especial que usaba solo para contactos oficiales.

—Voy a llamar al fiscal Ramírez. Esto es fraude de cientos de miles de pesos, posiblemente millones si lleva años operando. Necesitamos fiscalía involucrada formalmente.

—¿Y Vázquez? —preguntó Lalita—. Él está aterrado. Si Salinas sospecha que estamos investigando...

No terminó la frase pero todos entendieron la implicación.

Si Salinas sentía amenaza, podría silenciar testigos. No necesariamente con violencia —no todo criminal era Maldonado— pero con otras formas de presión.

—Voy a sugerir a Ramírez que ofrezcan protección a Vázquez —dijo Villarreal—. Y que lo contacten discretamente para ofrecer inmunidad a cambio de testimonio completo.

Era plan sólido. Profesional. Exactamente cómo debían hacerse estas cosas.

Pero mientras Villarreal hacía la llamada, el teléfono de Lalita vibró.

Mensaje de número desconocido:

"Ya aprendiste la lección. No seas tonta otra vez."

El mundo se detuvo.

Eran exactamente —exactamente— las palabras que Maldonado había usado.

Con manos temblando, mostró el mensaje al grupo.

El rostro de Villarreal se endureció. Terminó su llamada abruptamente.

—Esto cambia todo.

—¿Cómo obtuvieron mi número? —La voz de Lalita sonaba más aguda de lo que quería—. ¿Cómo supieron que estamos investigando?

Sofía ya estaba tecleando furiosamente.

—Dame treinta segundos... Rastreando el número... Es desechable, comprado con efectivo hace tres días... Torres de celular muestran... mierda.

—¿Qué?

—El mensaje se envió desde dentro del campus. Específicamente, desde área del complejo deportivo.

—Alguien nos vio entrevistar a Vázquez —dijo Zoé con voz tensa—. Y reportó inmediatamente a Salinas.

—O Vázquez mismo nos reportó —sugirió Villarreal—. Si está siendo extorsionado, probablemente tiene instrucciones de informar cualquier investigación.

Lalita sentía su respiración acelerándose. Reconoció las señales: inicio de ataque de pánico.

Cuatro segundos inhalando. Siete sosteniendo. Ocho exhalando.

Zoé puso mano en su hombro.

—Lali, estás bien. Estamos aquí. Estás segura.

—No estoy segura. Alguien me está amenazando. De nuevo. Usando exactamente las palabras de...

No pudo terminar. El recuerdo de Maldonado era demasiado fresco, demasiado visceral.

Villarreal habló con tono firme pero no duro:

—Señorita Thompson, escúcheme. Esta amenaza es real pero no es Maldonado. Maldonado está en prisión. Esto es Salinas o alguien trabajando para él intentando asustarte para que pares la investigación.

—¿Y si funciona? ¿Y si paro?

—¿Quieres parar?

Lalita cerró los ojos. Respiró. Pensó.

¿Quería parar?

Parte de ella —la parte traumatizada que todavía tenía pesadillas— gritaba *SÍ, PARA AHORA, NO VALE LA PENA MORIR*.

Pero otra parte —la parte que había elegido conscientemente continuar siendo detective después de Caso 4— susurraba algo diferente:

Esta vez es diferente. Esta vez tienes equipo. Esta vez tienes fiscalía. Esta vez no vas sola a ninguna bodega.

Abrió los ojos.

—No quiero parar. Pero necesito protección. Real, no solo promesa de que estarán cerca.

—La tendrá —prometió Villarreal—. Voy a insistir con Ramírez que esto se trate como amenaza seria. Seguridad del campus para usted. Vigilancia en su dormitorio. Y aceleramos la investigación para arrestar a Salinas antes de que pueda hacer algo más que amenazar.

—¿Cuánto tiempo?

—Ramírez dijo que puede tener orden de cateo lista mañana. Si encontramos evidencia física en oficina de Salinas o su casa, lo arrestamos inmediatamente.

—¿Y si no encuentran nada?

—Tenemos suficiente evidencia circunstancial para comenzar investigación formal de todas formas. Eventualmente construimos caso que aguante en corte.

—"Eventualmente" no me protege ahora.

—Por eso tendrá seguridad constante. Y por eso voy a sugerir que se quede con amiga o familiar fuera del campus hasta que Salinas esté bajo custodia.

Lalita odiaba esa idea —sentía como rendición— pero reconoció la sensatez.

—Me quedo con Zoé.

—Perfecto —dijo Zoé inmediatamente—. Mi familia tiene espacio. Y nadie sabe dónde vivo excepto nosotros.

Mientras organizaban logística, Sofía continuó trabajando en su laptop.

—Estoy configurando alertas en todas las cuentas de Salinas. Si mueve dinero, si hace compras grandes, si hace cualquier cosa que sugiera que está preparando huida, sabremos inmediatamente.

—¿Y Vázquez?

—Ya informé a Ramírez sobre su situación. Fiscalía lo contactará esta noche con oferta de protección e inmunidad.

Era plan sólido. Múltiples capas de protección. Respuesta profesional a amenaza real.

Pero mientras Lalita empacaba cosas esenciales en mochila preparándose para ir a casa de Zoé, no podía sacudirse sensación familiar:

Había cruzado línea otra vez.

Había pasado de investigadora observando desde distancia segura a amenaza activa que alguien quería silenciar.

Y esta vez, a diferencia del Caso 4, había elegido conscientemente cruzar esa línea sabiendo exactamente qué riesgos implicaba.

¿Eso la hacía más valiente?

¿O simplemente más tonta con mejor protocolo de seguridad?

No lo sabía todavía.

Pero mientras Zoé la llevaba en auto hacia su casa —revisando constantemente que nadie las siguiera— Lalita escribió en su libreta con manos todavía ligeramente temblorosas:

"Recibí amenaza. Primera desde Maldonado. Pensé que estaría más preparada. No lo estoy. El miedo es exactamente igual.

Pero mi respuesta es diferente.

No estoy sola. Tengo equipo, tengo protocolo, tengo plan.

Salinas va a caer. Y yo voy a sobrevivir para verlo.

Porque esta vez, aprendí la lección correcta: el coraje no es ausencia de miedo. Es hacer lo correcto a pesar del miedo.

Y yo tengo mucho miedo.

Pero también tengo razón.

Y eso tiene que ser suficiente."

Cerró la libreta justo cuando llegaron a casa de Zoé.

Donde pasaría las siguientes 48 horas escondida.

No en fuga.

No en rendición.

Solo en pausa táctica mientras fiscalía hacía su trabajo.

Y Lalita aprendía —otra vez, dolorosamente— que ser detective no significaba ser heroína.

Significaba sobrevivir el tiempo suficiente para hacer el trabajo correctamente.

Sin importar cuánto doliera.

Capítulo 4

Falsificación en HD

La casa de la familia Martínez estaba en colonia tranquila de clase media al oeste de la ciudad —casas modestas con jardines pequeños, calles arboladas, el tipo de vecindario donde todos conocían a sus vecinos y notarían inmediatamente si alguien sospechoso merodeaba. Eso era exactamente por qué Zoé lo había elegido sin dudarlo cuando Villarreal sugirió que Lalita se quedara fuera del campus.

Eran las 11 PM. Lalita estaba en el cuarto de huéspedes —habitación pequeña pero acogedora, con colcha de flores y una lámpara de noche que proyectaba luz ámbar sobre las paredes— incapaz de dormir a pesar de que su cuerpo llevaba horas suplicando descanso.

Cada vez que cerraba los ojos, veía el mensaje: *Ya aprendiste la lección. No seas tonta otra vez.*

Había contado las líneas del techo diecisiete veces. Había revisado que la ventana estuviera cerrada con seguro cuatro veces. Había verificado que su teléfono tuviera carga suficiente tres veces. El TOC encontraba combustible en la angustia y ardía más intenso que de costumbre.

La Dra. Ruiz le había dado un ejercicio para noches así: nombrar cinco cosas que podía ver, cuatro que podía tocar, tres que podía escuchar. “Volver al presente”, lo llamaba. Anclar el sistema nervioso a lo concreto cuando el cerebro se empeñaba en habitar el peor escenario posible.

Cinco cosas visibles: lámpara, colcha de flores, mochila en el piso, libreta amarilla sobre buró, ventana con persiana cerrada.

Funcionó parcialmente. El ritmo cardíaco bajó dos escalones. No hasta normal, pero sí hasta manejable.

Su teléfono vibró. Mensaje de Sofía:

«¿Sigues despierta?»

«Obviamente.»

«Yo también. Necesito mostrarte algo. ¿Puedo hacer videollamada?»

Lalita aceptó. Sofía apareció en pantalla con audífonos puestos y expresión de quien ha estado mirando pantallas durante horas —ojos ligeramente enrojecidos, cabello recogido con descuido, pero con esa energía específica de quien acaba de encontrar algo que confirma lo que sospechaba.

—¿Encontraste algo?

—Encontré todo —dijo Sofía con satisfacción apenas contenida—. Salinas es idiota. Un idiota sofisticado, pero idiota al fin.

—Explícate.

—Los videos de competencias deportivas en las solicitudes de beca. Los que supuestamente demostraban las habilidades atléticas excepcionales de Rodrigo, Marina y Kevin.

—¿Sí?

—Son falsificaciones. Videos reales de competencias reales, con los rostros de nuestros atletas fantasma superpuestos digitalmente sobre los atletas originales.

Sofía reprodujo un video en cámara lenta. Era una competencia de atletismo, un corredor cruzando la meta en primer lugar entre los aplausos de las gradas. El rostro era claramente de Rodrigo Mendoza. La técnica de carrera era impecable. La postura era perfecta. Era el tipo de imagen que convencería a cualquier comité de admisiones sin que nadie tuviera motivo para dudar.

—Mira aquí —Sofía pausó en una imagen específica—. ¿Ves esta inconsistencia en el borde del rostro? Es donde el software de edición no alineó perfectamente la superposición.

Lalita entrecerró los ojos. Había una línea casi imperceptible —micras de diferencia— donde el rostro de Rodrigo no fluía orgánicamente con el movimiento del cuello. Si no sabías qué buscar, la imagen era convincente. Si sabías, era una firma.

—Y aquí —continuó Sofía—. Las condiciones de iluminación del rostro no coinciden con las del cuerpo. Las sombras caen en dirección ligeramente diferente. El cuerpo está bajo luz lateral. El rostro está bajo luz casi frontal.

—¿Cómo no lo notó nadie en admisiones?

—Porque la falsificación es buena. Requiere ojo entrenado para detectarla, y admisiones no tiene expertos forenses digitales. Están evaluando currículums, cartas de recomendación, expedientes académicos. Los videos son material de apoyo, no el elemento central del proceso. Nadie los analizó cuadro por cuadro.

—¿Puedes probar que son falsificaciones en un tribunal?

—Absolutamente. Ya preparé reporte técnico completo: análisis imagen por imagen, metadatos que muestran cuándo fue editado cada archivo, y logré identificar el software usado. Programa profesional de edición de video con capacidades de sustitución facial. Cuesta 800 dólares la licencia.

—Pero Salinas sí tendría acceso a eso.

—Exacto. Y rastreeé la licencia. Está registrada a nombre de «AMS Consulting» —la empresa fantasma de Salinas. El mismo RFC, la misma dirección fiscal que aparece en las transferencias que documentamos ayer.

Lalita procesó la información en silencio. Era el eslabón que faltaba: la evidencia que lo conectaba directamente con las falsificaciones, no solo con los movimientos financieros.

—Eso lo convierte en autor material, no solo en beneficiario.

—Completamente. Él hizo las falsificaciones o las encargó y pagó con fondos de su empresa. De cualquier forma, la responsabilidad es directa. Ya le envié todo a Villarreal. Él se lo pasó a Ramírez. Con esto más la evidencia financiera, tienen suficiente para la orden de cateo.

—¿Cuándo la ejecutan?

—Mañana a las 7 AM. Catean simultáneamente su oficina y su casa. Si encuentran evidencia física adicional —y casi seguramente la habrá, porque este hombre guarda registros de todo como si fueran trofeos— lo arrestan en el acto.

Lalita exhaló lentamente. Era progreso real. El tipo de progreso que significaba que esto terminaría pronto y de la manera correcta, con evidencia sólida y proceso legal, no con heroísmos improvisados en bodegas oscuras.

—¿Y la protección para Vázquez? Sigue siendo blanco mientras Salinas esté libre.

—Fiscalía lo contactó hace dos horas. Aceptó testificar a cambio de inmunidad. Está en hotel bajo protección policial dando declaración completa.

—¿Qué dijo?

—Confirmó todo. Salinas pagó las facturas médicas de su hijo —operación de cadera, ochenta mil pesos que Vázquez no tenía forma de cubrir con su sueldo de entrenador. Después le pidió «favores pequeños»: revisar y recomendar atletas para becas. Cuando Vázquez cuestionó al primer caso, Salinas lo amenazó con reportar la «donación caritativa» como soborno ante las autoridades universitarias.

—Chantaje clásico. Lo convierte en cómplice, lo atrapan con la misma evidencia que usó para chantajearlo.

—Exactamente. Para cuando llegamos nosotros, Vázquez llevaba seis meses recomendando atletas fraudulentos, odiándose más con cada caso. Por eso su lenguaje corporal era tan cargado cuando lo observé en el estadio. No era culpa de alguien que disfruta lo que hace. Era culpa de alguien que no encontraba la salida.

Lalita pensó en Vázquez —entrenador de treinta años de carrera, hombre que genuinamente amaba el atletismo— firmando documentos para atletas que no merecían esas becas, sabiendo exactamente lo que hacía, sin poder parar.

—¿Las familias de los atletas sabían que era fraude?

—No todas. Algunas pensaron que pagaban por «servicios de consultoría legítima» —Salinas era astuto para enmarcar sus servicios de forma ambigua. Otras sabían perfectamente. Ramírez está haciendo esa distinción en la investigación.

—¿Cuánto cobraba por caso?

—Entre 80,000 y 150,000 pesos por beca. Las familias «ahorraban» dinero comparado con pagar colegiatura completa durante la carrera. Salinas embolsaba la diferencia entre lo que cobraba y lo que le daba a sus contactos dentro de la universidad. Y la institución perdía alrededor de 200,000 pesos por cada beca fraudulenta otorgada.

—¿Y cuántos casos en total?

—Ramírez sospecha que van mucho más allá de los tres que identificamos. Están auditando todas las becas deportivas que pasaron por la subdirección de Salinas en los últimos cinco años. El monto total podría ser varios millones.

Después de colgar con Sofía, Lalita puso el teléfono sobre el buró y abrió su libreta. No para escribir —todavía no— sino solo para tenerla entre las manos. El cuero gastado de la cubierta, el grosor familiar del cuaderno, tenían efecto casi inmediato. Otro ancla, más primitiva que el ejercicio de la Dra. Ruiz, pero igualmente efectiva.

Cinco cosas visibles ahora: libreta, bolígrafo, teléfono, ventana, sombra del árbol exterior en la persiana.

Intentó dormir. Esta vez con la certeza de que en menos de ocho horas Salinas estaría esposado, ayudó. Las pesadillas llegaron igual, pero entre una y otra había franjas de sueño genuino, profundo, sin mensaje amenazador repitiendo en loop.

A las 7:15 AM, el teléfono de Lalita explotó con notificaciones simultáneas.

Villarreal: «Salinas arrestado. Cateo encontró más evidencia. Confesó parcialmente.»

Sofía: «LO TIENEN. Encontraron documentos comprometedores en su casa. Archivaba absolutamente todo. El idiota guardaba copias físicas de los contratos con las familias.»

Zoé entró corriendo al cuarto antes de que Lalita terminara de leer los mensajes, golpeando apenas la puerta con los nudillos como formalidad mínima.

—Están pasando las noticias locales. Ven.

Bajaron a la sala donde los padres de Zoé ya estaban sentados frente al televisor con tazas de café. En pantalla, un camarógrafo enfocaba el edificio de administración de la UNVA con cinta policial amarilla y agentes de fiscalía saliendo con cajas de evidencia etiquetadas. El campus que Lalita conocía de memoria —la explanada, las columnas de la entrada, los árboles que bordeaban el camino principal— parecía diferente con los reflectores de los noticieros.

El reportero hablaba:

«...Armando Salinas, subdirector de Becas y Ayuda Financiera de la Universidad Nacional del Valle del Anáhuac, fue arrestado esta mañana

bajo cargos de fraude, malversación de fondos y falsificación de documentos. Según fuentes cercanas a la investigación, el funcionario habría operado un esquema de becas deportivas fraudulentas durante al menos cinco años, defraudando a la institución por un monto que las autoridades calculan en varios millones de pesos...»

Apareció en pantalla la vocera de fiscalía, seria, micrófono en mano frente a la fachada de la UNVA:

«Esta investigación fue posible gracias al trabajo riguroso y profesional de estudiantes del Proyecto de Integridad Académica Garza. La fiscalía reconoce su diligencia y su compromiso con la transparencia institucional.»

—Te mencionaron —dijo la madre de Zoé, mirando a Lalita con una expresión que mezclaba orgullo con el tipo de alivio que solo tienen las personas que sabían exactamente en qué peligro había estado alguien y decidieron no decirlo en voz alta.

Lalita no sintió orgullo. Sintió alivio exhausto, del tipo que pesa en los hombros en lugar de aligerar la carga. Le vibró el teléfono. Era Villarreal.

—¿Ya vio las noticias?

—Las estoy viendo ahora.

—El investigador Ramírez quiere reunirse con usted personalmente para agradecer la colaboración. Y la dirección universitaria está solicitando reunión formal para diseñar las reformas al sistema de becas.

—¿Ya es seguro regresar al campus?

—Salinas está bajo custodia. No tiene contactos criminales organizados —era un oportunista con acceso institucional, no un operador de redes complejas. Fiscalía está monitoreando sus comunicaciones desde el arresto. No ha habido ninguna amenaza adicional.

—¿Cree o sabe?

Silencio breve al otro lado de la línea. Villarreal había aprendido, a lo largo de cuatro casos, que Lalita distinguía perfectamente entre ambas cosas.

—Basándome en la evidencia disponible, el riesgo ha disminuido de manera significativa. Nunca hay certeza absoluta. Eso también lo sabe usted.

—Regreso hoy entonces.

—Con precaución. Reporte cualquier cosa que le parezca inusual, por pequeña que sea.

A las 10 AM, Lalita estaba de vuelta en su dormitorio. Zoé había insistido en acompañarla hasta la puerta, revisando visualmente el pasillo antes de que entrara. Lalita lo dejó hacer sin protestar. Había casos donde el protocolo era protocolo.

—¿Estás segura de que quieres quedarte sola?

—Necesito empezar a reclamar normalidad cuando pueda. Y puedo hacerlo ahora.

Después de que Zoé se fue, el dormitorio le pareció exactamente igual a como lo había dejado cuarenta y ocho horas antes —libros apilados, cargador en el enchufe, cortinas a media altura— y al mismo tiempo ligeramente diferente, como pasa con los espacios cuando uno regresa a ellos después de un susto real.

Abrió la libreta en página impar y escribió con letra más pequeña de lo habitual, como si el tamaño de los trazos pudiera contener lo que sentía dentro de los márgenes:

Caso 5 — Actualización: Salinas arrestado. Evidencia sólida. Probable condena. Vázquez testificando con inmunidad. No es villano, es víctima atrapada. Tres atletas falsos identificados. Probablemente más en auditoría. Yo sobreviví. Sin navaja esta vez. Sin bodega. Sin muerte cercana. Sobreviví porque hice las cosas diferente. Equipo, protocolo, escalada apropiada a autoridades. El miedo estuvo. Sigue estando. Probablemente siempre estará. Pero no me paralizó. Eso es lo nuevo. Lección del Caso 5, versión provisional: no se trata de no tener miedo. Se trata de funcionar a pesar del miedo.

Su teléfono vibró. Número desconocido.

El corazón de Lalita dio un salto antes de que el cerebro pudiera razonar. Respuesta automática, no elegida: el sistema nervioso que todavía no distinguía entre Salinas arrestado y Maldonado en la bodega.

Respiró. Cuatro segundos, siete sosteniendo, ocho exhalando.

Leyó el mensaje.

«Soy Rodrigo Mendoza. Sé que me investigaste. Necesito hablar contigo. Por favor. No soy quien piensas que soy.»

Lalita miró el texto durante un momento largo. Lo que sentía no era miedo, exactamente. Era la versión más tranquila de ese reconocimiento familiar: patrón incompleto, historia a medio contar, pieza que no encaja todavía.

Escribió su respuesta con cuidado:

«Podemos hablar. En lugar público, horario diurno, con testigo presente. Cafetería del campus, mañana a las 2 PM. Mi amiga Zoé estará conmigo.»

La respuesta llegó en menos de un minuto:

«Acepto. Gracias por escucharme. Nadie más lo hace.»

Llamó a Villarreal para informarle antes de que pasaran diez minutos.

—¿Está segura de que es buena idea reunirse con él?

—Creo que es necesaria. Rodrigo merece oportunidad de contar su versión antes de que la narrativa oficial lo defina por completo.

—Siempre y cuando sea en lugar público con testigo. Y yo estaré en mesa cercana, discretamente.

—¿No es excesivo?

—Después del Caso 4, «excesivo» es mi nuevo normal. Acostúmbrese, Thompson.

Lalita sonrió a pesar de sí misma. Esa noche tuvo pesadilla de nuevo, pero era diferente: en lugar de navaja y bodega, soñó que resolvía un rompecabezas complicado donde cada pieza revelaba una nueva capa debajo. Y cuando despertó a las 3 AM con el corazón acelerado, se dio cuenta de que no había sido exactamente una pesadilla.

Era una metáfora bastante precisa de su vida.

Cerró los ojos. Contó cinco cosas visibles en la oscuridad del dormitorio.

Y se quedó dormida antes de llegar a la tercera.

Capítulo 5

La Trampa del Deportista Falso

La cafetería del campus estaba moderadamente llena a las 2 PM del martes —estudiantes entre clases, grupos de estudio, parejas en citas casuales que aprovechaban el sol de octubre entrando por los ventanales. Suficiente actividad para que la reunión no pareciera sospechosa. Suficiente ruido de fondo para que una conversación difícil tuviera privacidad.

Lalita llegó quince minutos antes. No era precaución; era necesidad. Necesitaba conocer el espacio antes de que Rodrigo llegara: medir las entradas, calcular la distancia a la salida de emergencia lateral, ubicar la posición de Villarreal. Solo cuando tuvo todo mapeado se permitió sentarse.

Eligió mesa en esquina con respaldo contra pared y vista de todas las entradas. Zoé se sentó a su lado, no enfrente —posicionamiento que le había explicado en tres palabras antes de salir del dormitorio: *somos equipo, no interrogatorio*.

Villarreal estaba tres mesas más allá con la laptop abierta, aparentando revisar documentos, con café a medias y los audífonos puestos de manera que nadie identificara como vigilancia lo que era vigilancia.

—¿Estás bien? —preguntó Zoé en voz baja.

—Nerviosa. Pero es nerviosismo de trabajo, no de miedo. Hay diferencia.

—¿La Dra. Ruiz estaría de acuerdo con esa distinción?

—Probablemente la matizaría. Pero sí.

A las 2:03 PM, Rodrigo Mendoza entró.

Lalita lo reconoció de inmediato —el mismo que había observado en el estadio, el mismo del video analizado cuadro a cuadro con Zoé. Pero verlo de cerca era diferente. En la pista había parecido atleta en su elemento, cuerpo calibrado para el movimiento. Aquí, en la cafetería ordinaria de la universidad, con mochila al hombro y ojos buscando en quién confiar, parecía exactamente lo que era: estudiante de veinte años cargando un peso que no había elegido voluntariamente pero tampoco había sabido rechazar.

Caminó hacia su mesa con pasos que medían la distancia como si necesitara calcular la posibilidad de retroceder.

—¿Lalita Thompson? —preguntó deteniéndose a un metro.

—Sí. Ella es Zoé Martínez. Siéntate, por favor.

Rodrigo se sentó con movimientos deliberadamente cuidadosos, como alguien que ha ensayado esta escena muchas veces y aún no está seguro de cómo empieza.

—Gracias por aceptar verme. Sé que no tenías ninguna obligación.

—Dijiste que no eres quien pienso que eres. Explícame.

Rodrigo respiró profundo. Sus manos, apoyadas sobre la mesa, temblaban con vibración fina que solo se nota cuando se está mirando específicamente.

—Viste las noticias. Sobre Salinas. Sobre las becas fraudulentas.

—Las vi.

—Entonces sabes que soy uno de los tres. Los atletas falsos.

—Lo sé.

—¿Y piensas que soy criminal? ¿Cómplice que sabía exactamente lo que pasaba?

—Todavía no lo decidí. Por eso estoy aquí.

Rodrigo cerró los ojos brevemente. Cuando los abrió tenía la expresión de alguien que ha decidido decir algo que no puede desdecirse.

—Mi familia casi pierde todo hace dos años. La ferretería de mi papá, que él construyó durante veintitrés años. Nuestra casa. Todo. Deuda acumulada durante la pandemia que no pudieron cubrir cuando el negocio tardó en recuperarse.

—Vi los registros de la deuda en el expediente de Salinas.

—Entonces sabes cuán desesperados estábamos. Mi papá conoció a un «consultor» en una reunión de cámara de comercio. Supuestamente ayudaba a pequeños negocios con problemas financieros. Le dijeron que si yo entraba a una universidad prestigiosa con beca deportiva, la familia calificaría para un programa de alivio de deuda para negocios con empleados estudiantes.

—¿Y creíste eso?

—Mi papá lo creyó. Yo tenía dieciocho años, estaba aterrado, y quería creer cualquier cosa que dijera que no íbamos a perder la casa. —Hizo una pausa—. Eso no es excusa. Pero es la verdad.

—¿Cuándo supiste que era fraude?

—No lo supe completamente hasta que arrestaron a Salinas. Antes tenía sospechas. Cosas que no cuadraban pero que elegí no examinar demasiado de cerca.

—¿Como qué?

—Como que nunca tuve que demostrar habilidades atléticas reales durante el proceso de solicitud. El «consultor» tomó videos míos haciendo ejercicio casual en parque. Dijo que «optimizaría mi perfil deportivo». Pensé que significaba editar bien los videos, agregar música motivacional, ese tipo de cosa.

—¿No sabías que estaban sustituyendo tu rostro sobre los cuerpos de atletas reales en competencias reales?

—No. —Su voz fue directa, sin inflexión defensiva—. Si lo hubiera sabido claramente, si alguien me hubiera explicado exactamente lo que estaba en esos videos, no sé si habría dicho no —eso es lo que más me avergüenza. Pero no me lo explicaron. Lo presentaron como «producción profesional de material deportivo». Quise creer que era legítimo porque la alternativa era inaceptable.

Lalita lo observó mientras hablaba. Lenguaje corporal consistente con verdad: contacto visual sostenido sin ser calculado, manos que se movían naturalmente con el relato, postura que no buscaba proyectar inocencia sino simplemente decir lo que había pasado.

—¿Cuándo empezaste a sospechar de verdad?

—Cuando llegué aquí. Cuando el entrenador Vázquez me vio entrenar por primera vez. Me miró como viendo un fantasma. Me preguntó sobre mi historial de entrenamiento, mis competencias anteriores, mis tiempos. Le dije la verdad: había corrido de manera informal toda mi vida pero nunca había competido formalmente. Se puso pálido.

—Pero no reportó la discrepancia.

—No. Ahora sé por qué. En ese momento pensé que era algún error burocrático que él iba a corregir internamente. Que me iban a pedir que me fuera. Viví dos semanas esperando que alguien tocara mi puerta para decirme que todo había sido un error.

—Y en lugar de eso, Salinas te contactó.

Rodrigo asintió.

—Después de dos semanas. Dijo que necesitaba «mantener rendimiento consistente con mi perfil deportivo». Que si había «discrepancias significativas» entre lo que decía mi expediente y lo que demostraba en la pista, la beca se revocaría y la familia tendría que devolver

íntegramente todo lo que el programa había desembolsado. Calculó la cifra. Era más de lo que debemos por la ferretería.

—Te amenazó indirectamente.

—Con resultados directos. —Una pausa—. Entonces entrené. Seis horas diarias, entrenador privado que pagué con trabajo de medio tiempo en bodega de supermercado. Me convertí en atleta en tres meses. Fue el período más brutal de mi vida. Pero funcionó.

—¿Y los récords? ¿Los rompiste honestamente?

—Sí. —Por primera vez en la conversación, algo en su voz cambió de tono—. Esa es la ironía que no sé cómo procesar todavía. Me convertí en atleta genuino intentando sostener un fraude. Los récords son reales. El trabajo detrás fue real. El dolor fue real. Todo construido sobre una mentira que nunca pedí que fuera tan grande.

Zoé habló por primera vez desde que Rodrigo había empezado su relato:

—¿Tu familia sabe ahora la verdad completa?

—Les conté después del arresto. Antes de que las noticias lo hicieran por mí. —Bajó la vista un momento—. Mi papá está destrozado. Dice que arruinó mi futuro por salvar su negocio. Que fue egoísta. Que debió haber dejado que la ferretería quebrara.

—¿Y tú qué piensas?

—Pienso que todos fuimos víctimas de alguien que construyó su negocio explotando la desesperación de familias como la nuestra. —Volvió a mirar a Lalita—. Pero también pienso que tomé decisiones. En algún punto elegí no mirar demasiado de cerca. Pude haber preguntado más, reportado sospechas, dicho que no aunque no supiera exactamente a qué estaba diciendo que no. No lo hice. Eso también es verdad.

Lalita lo estudió unos segundos antes de hablar.

—Voy a decirte algo que probablemente no es lo que viniste a escuchar. Lo que te pasó fue injusto. Salinas identificó a tu familia cuando estaba vulnerable y diseñó el engaño para que fuera difícil de rechazar. Eso es explotación real. Pero cuando empezaste a sospechar, cuando Vázquez se puso pálido y Salinas te llamó a los dos semanas, elegiste sostener la situación. Esas fueron tus decisiones, tomadas con más información de la que tenías en el origen.

—Lo sé.

—Pero también veo esto: cuando comprendiste que necesitabas ser atleta real para sostener lo que habías heredado, trabajaste más brutalmente que cualquiera que conozco que llegó aquí de manera legítima. Convertiste una mentira en algo verdadero a través de un esfuerzo que nadie te exigió hacer de esa manera. Eso no cancela el origen, pero tampoco es invisible.

Rodrigo tardó en responder.

—¿Entonces qué hago ahora?

—Enfrentas las consecuencias. Pierdes la beca porque se obtuvo fraudulentamente, eso no cambia. Pero peleas por quedarte de otra forma: ayuda financiera legítima, trabajo, demostrar que el atleta en que te convertiste existe independientemente del expediente falso que lo precedió.

—¿Y si la universidad decide que no me quiere de ninguna forma?

—Entonces vas a otra. Empiezas con expediente honesto. Será más difícil y más caro. Pero será tuyo sin asterisco.

—¿Me odias?

La pregunta llegó directa, sin armadura.

—No. Te compadezco. Y te respeto un poco por haber venido aquí a decir la verdad cuando nadie te obligaba.

—¿Testificarás contra mí si va a juicio?

—Si fiscalía lo pide, diré la verdad completa: que tu expediente era fraudulento, que Salinas construyó el engaño, que fuiste víctima y también participante. No solo la parte que te hace quedar mal ni solo la que te hace quedar bien.

—Es justo.

Rodrigo se levantó. Vaciló con la mochila en la mano.

—¿Cómo lo descubriste? Lo que te hizo sospechar de mí específicamente.

Lalita consideró brevemente si la respuesta completa era necesaria. Decidió que sí.

—Tu lenguaje corporal cuando rompiste el récord de 400 metros. Los atletas que genuinamente quieren ganar tienen una expresión específica en la meta: euforia mezclada con sorpresa. Como si el cuerpo no hubiera terminado de creer lo que acaba de hacer. Tú tenías alivio. La cara de alguien que acaba de pasar un examen que pensaba que reprobaría.

Rodrigo procesó eso.

—Tiene sentido. —Una pausa—. Gracias por escucharme. Por tratar esto como algo más complicado que blanco o negro.

—Los casos siempre son más complicados que blanco o negro. Eso es lo primero que aprendí investigando.

Después de que Rodrigo salió, Villarreal se acercó con el café a medias todavía en la mano.

—Lo grabé con su permiso verbal, como acordamos. ¿Útil?

—Muy. Confirma el patrón que Salinas usó con todos: identificar vulnerabilidad, presentar solución ambigua, atrapar en complicidad gradual sin que nadie tenga un momento claro donde diga «aquí supe que era ilegal».

—Su honestidad probablemente le ayudará con fiscalía. Es difícil acusar a alguien de fraude cuando viene voluntariamente a dar declaración antes de que se le cite.

—¿Qué le pasará?

—Probablemente pierde la beca, suspensión académica de un semestre, libertad condicional. No prisión. Salinas, en cambio, está mirando entre cinco y ocho años. —Villarreal guardó el teléfono—. ¿Cómo estás tú?

—Cansada. Pero bien. Este tipo de conversación es diferente al Caso 4. Nadie tiene navaja.

—Ojalá siempre lo recuerde así.

Esa tarde, el equipo se reunió en la oficina del Proyecto Garza para cerrar la fase investigativa. Sofía presentó la actualización final con la precisión metódica que Lalita había aprendido a valorar más que al principio:

—Fiscalía completó la auditoría. Encontraron siete casos adicionales a los tres que identificamos. Total: diez becas deportivas fraudulentas en cinco años. Dos millones de pesos defraudados a la universidad.

—¿Los otros atletas falsos? —preguntó Lalita.

—Historias estructuralmente similares a la de Rodrigo. Familias en situación financiera difícil, engaño presentado como consultoría, complicidad gradual. Ninguno conocía la extensión completa de la operación.

Villarreal agregó:

—La universidad anunciará reformas al sistema de becas deportivas: verificación independiente de credenciales por terceros, comité revisor ampliado, auditorías anuales. Y el rector pidió reunión formal con el Proyecto Garza para la próxima semana.

—Acepto la reunión con una condición —dijo Lalita—. Que haya espacio para hablar honestamente sobre cómo el sistema permitió que esto ocurriera durante cinco años sin que nadie lo detectara internamente. No quiero ceremonia de reconocimiento que sirva de cortina.

Villarreal la miró con expresión que era parte orgullo y parte resignación.

—Exactamente lo que voy a poner sobre la mesa.

Esa noche, Lalita escribió en su libreta con la lámpara de escritorio como única luz:

Caso 5 — Reflexiones tras conversación con Rodrigo: No es el villano que el expediente sugería. Es un joven que tomó decisiones malas bajo presión extrema. Salinas explotó desesperación de familias con precisión clínica. Eso es maldad activa y calculada. La justicia distinguirá entre ambos. Eso es lo que debe hacer. Para mí, este caso enseñó algo distinto al Caso 4: El Caso 4 me enseñó que puedo casi morir haciendo esto. El Caso 5 me enseña que puedo hacerlo de manera sostenible. Equipo.

Protocolo. Autoridades desde el principio. Sin heroísmos solitarios. Recibí amenaza. No terminé en bodega con navaja. Eso es progreso real. Medible. Mío.

Cerró la libreta sintiendo algo que reconoció tardíamente porque hacía tiempo que no lo sentía sin culpa adjunta: orgullo limpio.

Había hecho bien su trabajo. Había aprendido a hacerlo de una manera que no la destruía en el proceso. Y mañana seguiría siendo estudiante de tercer año de psicología con terapia pendiente, spray de pimienta en la mochila, y la certeza de que el miedo y el oficio podían coexistir sin que uno cancelara al otro.

Era suficiente.

Por ahora, era más que suficiente.

Capítulo 6

El Subdirector y Sus Secretos

Tres días después del arresto de Salinas, Lalita recibió una llamada del fiscal Ramírez.

—Señorita Thompson, necesitamos su testimonio formal. Salinas contrató abogado y está intentando negociar acuerdo de culpabilidad, pero antes necesitamos asegurarnos de que nuestro caso sea suficientemente sólido para resistir si decide ir a juicio.

—¿Cuándo?

—Mañana, si es posible. En las oficinas de fiscalía. Traiga toda la documentación que tenga: notas de campo, grabaciones, evidencia recolectada durante la investigación.

Esa noche, Lalita organizó su libreta amarilla con la meticulosidad de quien sabe que la claridad de sus propias notas puede determinar el resultado de un proceso legal. Releyó cada entrada desde el día en que Zoé le mostró el video de Rodrigo en la biblioteca. Identificó los momentos de inflexión, las evidencias cruciales, los puntos donde la narrativa podía parecer circunstancial si no se presentaba en el orden correcto.

Era trabajo tedioso y necesario. El tipo de trabajo que no tiene glamour de investigación pero que define si la justicia llega o no.

Al día siguiente, llegó a las oficinas de fiscalía acompañada por Villarreal, quien había insistido en estar presente como asesor académico desde que Lalita le comunicó la cita. Zoé había ofrecido venir —«para apoyo emocional, aunque sea en la sala de espera»— pero Lalita necesitaba hacer esto sola. Demostrar a sí misma que podía sentarse frente a autoridades, hablar de lo que había visto y documentado, sin que el recuerdo del Caso 4 contaminara su capacidad de presentar los hechos con precisión.

Ramírez las recibió en sala de conferencias del cuarto piso, con ventanas que daban a la ciudad. Tenía cincuenta y tantos años, expresión seria pero no intimidante, y la reputación —Villarreal se lo había dicho camino al edificio— de ser fiscal que construía casos con paciencia antes que con velocidad.

—Gracias por venir. Voy directo al grano: su investigación fue excepcional. Metódica, documentada, profesional. Nos dio prácticamente todo lo que necesitábamos para construir un caso sólido.

—¿Entonces por qué necesitan más? —preguntó Lalita.

—Porque Salinas contrató un abogado que tiene experiencia en fragmentar casos circunstanciales. Está argumentando que su cliente era solo un intermediario en un esquema más amplio organizado por terceros, que él simplemente facilitaba un proceso que otros habían diseñado. Si esa narrativa se instala antes de que la contrarrestemos, complica las cosas. Necesitamos su perspectiva como investigadora que observó su comportamiento y su operación desde afuera.

Lalita abrió su libreta en la página que había marcado la noche anterior.

—Salinas no era intermediario. Era el arquitecto. Todo lo que encontramos apunta a operador principal, no a subordinado: la empresa fantasma AMS Consulting registrada a su nombre, la licencia del software de edición facial comprada con fondos de esa empresa, los pagos directos a sus cuentas, el chantaje sistemático sobre el entrenador Vázquez usando información que solo él podía haber obtenido desde su posición institucional. Un intermediario no necesita construir infraestructura tan elaborada. La infraestructura existe porque él era el centro.

—¿Y los «consultores» que contactaron a las familias? La defensa argumenta que esas personas son el origen del esquema.

—Probablemente empleados o contratistas de Salinas, no sus empleadores. La falsificación de los videos requería expertise técnico específico y acceso al software correcto. El acceso al sistema interno de becas para aprobar solicitudes fraudulentas requería autoridad institucional. Solo Salinas tenía ambas cosas simultáneamente. Nadie contrata a alguien con esos recursos para hacer el trabajo sucio y luego le paga comisión. Funciona al revés: él reclutó a quienes necesitaba para las partes que no podía manejar directamente.

Ramírez tomaba notas con pluma estilográfica, sin laptop, sin grabadora visible. Lalita notó que había una cámara discreta en la esquina superior de la sala.

—¿En algún momento durante la investigación encontraron evidencia de que alguien más arriba en la administración universitaria estuviera involucrado?

—No. El Rector Suplente es cuñado de Salinas, lo cual explica por qué no había supervisión adecuada sobre su área: nadie supervisa rigurosamente a quien tiene acceso privilegiado al que supervisa. Pero no encontramos ninguna evidencia de que el Rector Suplente supiera del fraude específicamente. Lo que encontramos fue nepotismo que creó un ambiente permisivo. Son cosas distintas legalmente.

—Eso es importante. Si Salinas está insinuando que tenía protección activa desde arriba y podemos demostrar que eso es falso, su argumento de «intermediario obediente» colapsa.

Villarreal intervino:

—La señorita Thompson documentó cada conexión de manera cronológica y verificable. Si hubiera existido una conspiración más amplia con participantes adicionales, habría rastros. Los esquemas complejos no son herméticos.

La deposición duró dos horas. Lalita respondió cada pregunta con la misma precisión con que había llenado su libreta: fechas específicas, conversaciones grabadas con referencia al minuto exacto, documentos con número de folio. Cuando Ramírez le preguntó sobre el momento en que recibió la amenaza de Salinas, describió los hechos sin dramatismo y sin minimizar, exactamente como la Dra. Ruiz le había enseñado que funciona el testimonio creíble: ni más ni menos que lo que ocurrió.

Cuando terminaron, Ramírez dejó su pluma sobre el cuaderno.

—Con esto, Salinas no tiene defensa creíble ante un jurado razonable. Mi estimación es que su abogado lo convencerá de aceptar acuerdo de culpabilidad antes de que lleguemos a juicio oral. Cinco años mínimo, restitución completa de los fondos defraudados, prohibición permanente de trabajar en instituciones educativas.

—¿Y las familias de los atletas?

—Situación más complicada. Técnicamente participaron en fraude, pero la mayoría fueron engañadas sobre la naturaleza exacta de lo que estaban pagando. Salinas era cuidadoso en eso: los contratos con las familias describían «servicios de optimización de perfil académico-deportivo». Ambiguo por diseño. Probablemente multas civiles pero no cargos criminales en la mayoría de los casos.

—¿Y los atletas?

—Consecuencias académicas que la universidad determinará caso por caso. Rodrigo Mendoza presentó declaración voluntaria, lo cual pesa en su favor. Los otros dos casos están en evaluación.

Cuando salieron al pasillo, Villarreal caminó en silencio durante unos metros antes de hablar.

—¿Cómo está?

—Cansada. Pero bien. Ese tipo de conversación es diferente al Caso 4. Nadie tenía navaja.

—Ojalá siempre lo recuerde con esa claridad.

—Es lo que intento.

Una semana después, la universidad organizó reunión formal en sala de juntas del rectorado. Presentes estaban el Rector titular —no el Suplente, quien había renunciado bajo presión tres días después del arresto de Salinas— el Director de Admisiones, un representante del consejo universitario, y del otro lado de la mesa larga: Lalita, Sofía, Zoé y Villarreal.

El Rector habló primero con el tono de quien ha preparado las palabras pero no está completamente seguro de cómo aterrizarán.

—Queremos agradecer formalmente al Proyecto de Integridad Académica Garza por exponer este fraude. Su trabajo ha salvado a la institución de un daño reputacional y financiero significativamente mayor.

—Con respeto —dijo Lalita—, el fraude existió durante cinco años bajo la administración actual. No lo salvamos del daño. El daño ya ocurrió. Lo que hicimos fue detenerlo y documentarlo para que no continuara.

El Rector se tensó ligeramente. Villarreal, sentado a la derecha de Lalita, contempló sus notas con expresión neutra.

—Es un punto válido —concedió el Rector después de una pausa—. Por eso estamos aquí, no solo para agradecer sino para hablar de lo que cambia a partir de hoy.

El Director de Admisiones tomó el proyector y presentó la lista de reformas: verificación independiente de todas las credenciales deportivas por tercero externo antes de aprobar cualquier beca; comité revisor ampliado con participación estudiantil; auditorías anuales de todas las becas otorgadas en los últimos tres años; eliminación de los procesos de aprobación expedita que Salinas había utilizado para saltarse controles; e incremento salarial para el personal de admisiones, argumento que el Director presentó como medida preventiva contra la corrupción por necesidad económica.

—Es un inicio —dijo Sofía cuando el Director terminó—. Pero hay algo que esas reformas no resuelven: ¿qué pasa con las familias que fueron engañadas y ahora tienen deuda que no pueden pagar?

—Estamos estableciendo un fondo de asistencia —respondió el Rector—. No cubrirá la totalidad en todos los casos, pero atenderá a las familias en situación más crítica.

—¿Y los atletas legítimos que perdieron becas porque sus lugares fueron a candidatos fraudulentos? —preguntó Zoé.

—Estamos revisando todas las solicitudes rechazadas de los últimos cinco años. Donde identifiquemos candidatos que debieron haber recibido beca y no la recibieron, les haremos oferta retroactiva en la medida de lo posible.

Eran medidas concretas. No perfectas —la justicia institucional nunca lo era— pero verificables y con plazos.

—Tengo una pregunta más —dijo Lalita—. ¿Cómo pasó esto durante cinco años sin que nadie dentro de la institución lo detectara?

El silencio que siguió duró lo suficiente para resultar incómodo.

Fue el Rector quien lo rompió:

—Honestamente, porque confiamos en un sistema que resultó ser vulnerable a quien tenía acceso interno y disposición para explotarlo. Porque asumimos que las personas en posiciones de autoridad actuaban con integridad. Y porque cuando hubo señales de alerta —y las hubo, en retrospectiva— nadie las investigó con la seriedad que merecían.

—Entonces el problema real no fue Salinas —dijo Lalita—. Fue la cultura institucional que hizo posible que operara sin detección durante cinco años.

—Correcto.

—¿Y cómo se cambia una cultura institucional?

—Comenzando por admitir públicamente que existe el problema. Implementando consecuencias reales para administradores que fallan en supervisión, no solo para quienes cometen el fraude directamente. —El Rector la miró—. Y dando voz formal a quienes señalan irregularidades en lugar de tratarlos como problema a contener.

—Eso nos lleva a lo siguiente —dijo Villarreal, tomando la palabra por primera vez en la reunión—. La universidad tiene una propuesta para el Proyecto Garza.

El Rector asintió.

—Queremos institucionalizar el Proyecto. Presupuesto permanente, autoridad formal para investigar irregularidades académicas y administrativas, protección explícita para los estudiantes investigadores. Convertirlo de iniciativa extracurricular a función oficial con independencia garantizada.

Lalita intercambió miradas rápidas con Sofía y Zoé. Las dos le devolvieron algo entre pregunta y expectativa.

—Aceptamos —dijo Lalita—, con tres condiciones no negociables. Mantenemos independencia editorial completa: ningún administrador revisa ni aprueba nuestras investigaciones antes de que se hagan públicas. Reportamos directamente al consejo universitario, no a la rectoría. Y publicamos todos los hallazgos, sin excepción,

independientemente de cuán incómodos sean para la imagen institucional.

El Rector consideró durante un momento genuino.

—Esas condiciones son razonables. Las acepto.

—Entonces tenemos acuerdo.

Esa noche, Zoé y Sofía llegaron al dormitorio de Lalita con pizza de queso y refrescos de lata, sin previo aviso y con la comodidad de quienes ya no necesitan anunciarse.

—Hicimos algo real —dijo Sofía, sentada en el piso con la espalda contra la cama—. No solo resolvimos un caso. Cambiamos algo del sistema.

—Cambiamos una parte pequeña —corrigió Lalita—. No todo. Pero creamos una estructura para que otros puedan continuar el trabajo aunque nosotras no estemos.

—¿Vas a seguir investigando? —preguntó Zoé—. Después de todo lo que pasó este año.

Lalita pensó en la pregunta sin responder de inmediato. Era el tipo de pregunta que merecía honestidad real, no la respuesta que se esperaba.

—Sí. Pero diferente. Más selectiva sobre qué casos acepto. Mejor en establecer límites antes de que la situación los establezca por mí. Y siempre con equipo. Eso no es negociable.

—¿Y el miedo? —preguntó Sofía—. ¿El que te quedó del Caso 4.

—Terapia, protocolo y tiempo. —Lalita hizo una pausa—. Y recordar que el miedo no me descalifica. Solo me obliga a ser más cuidadosa. Que es, en realidad, lo que debería hacer con cualquier persona razonable.

—Eso suena a sabiduría procesada —observó Zoé.

—O a trauma racionalizado productivamente. A veces es difícil distinguir entre los dos.

Comieron pizza en silencio cómodo durante varios minutos. Afuera, el campus tenía esa quietud particular de las noches entre semana cuando el frío empieza a instalarse.

Fue Sofía quien habló primero:

—¿Sabes qué es lo que más me impresiona de este caso?

—¿Qué?

—Que lo resolviste siendo exactamente la misma Lalita que eres, pero con una capa adicional de algo que no tenías en el Caso 1. No sé si llamarlo madurez o cicatriz. Probablemente ambas.

—Todavía tengo pesadillas —dijo Lalita—. Todavía me asusto con cosas aleatorias. Todavía estoy rota en algunas formas que no sé si se van a componer completamente.

—Todos estamos rotos en alguna forma —dijo Zoé—. La diferencia es que tú sigues funcionando a pesar de eso. Y eso es lo que importa.

Lalita sintió que algo se aflojaba en el pecho. No desaparecía —el peso nunca desaparecía del todo— pero cedía lo suficiente para respirar bien.

—Gracias. A las dos. Por no dejarme hacer esto sola.

—Nunca estarás sola —dijo Sofía—. Esa fue la lección que espero aprendimos todas del Caso 4.

—Y del Caso 5 —agregó Zoé—. Que cuando trabajamos juntas con protocolos que no son heroísmo improvisado, podemos resolver crímenes sin que nadie casi muera. El estándar es bajo, sí. Pero funciona.

—Lo tomo —dijo Lalita, y se rio de verdad por primera vez en semanas.

Esa noche, después de que sus amigas se fueron, abrió la libreta en página impar y escribió:

Caso 5, balance casi final: Salinas irá a prisión. Familias recibirán asistencia. Atletas tendrán segunda oportunidad. El sistema mejoró en algo concreto y verificable. Yo sobreviví. No solo el caso sino el proceso. Sin bodega. Sin navaja. Sin muerte cercana. Eso es lo que significa hacerlo bien.

Cerró la libreta. Apagó la lámpara.

Y durmió sin pesadillas, por primera vez en mucho tiempo, sin que fuera necesario contar hasta cinco para lograrlo.

Capítulo 7

El Juego Final

La ceremonia de reconocimiento estaba programada para el viernes siguiente en el auditorio principal del campus. Lalita había insistido, desde la primera conversación con Villarreal sobre el formato, en que no fuera un evento privado ni una recepción cerrada para autoridades y medios seleccionados.

—Si vamos a hablar de transparencia —había dicho—, entonces seamos transparentes. Auditorio abierto, prensa libre, cualquiera que quiera asistir.

Villarreal había llevado la condición al Rector sin comentarla. El Rector había aceptado sin objeción visible, lo cual Lalita interpretó como señal de que entendía exactamente lo que estaba firmando.

El auditorio estaba casi lleno cuando llegaron. Estudiantes curiosos ocupaban las filas del centro, profesores los laterales, periodistas de tres medios locales el pasillo derecho con sus cámaras ya encendidas. Y en la primera fila, con actitud de quien tiene derecho de estar exactamente ahí, Sebastián Iturbe —presidente del consejo estudiantil desde la

resolución del Caso 3— con corbata azul marino y expresión de interés genuino que Lalita había aprendido a distinguir de su interés calculado.

Lalita, Sofía y Zoé esperaban tras bambalinas mientras el Rector ocupaba el podio con discurso inaugural sobre «integridad académica» y «compromiso renovado con la transparencia institucional». Su entonación era la de alguien que ha practicado el tono correcto de humildad sin que le resulte natural.

—Está poniendo mucho esfuerzo en sonar arrepentido —murmuró Sofía.

—Déjalo —respondió Lalita—. Necesita salvar cara públicamente. Mientras implemente las reformas reales, puede construir la narrativa que quiera alrededor de ellas.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Zoé.

Lalita consideró la pregunta con honestidad.

—No. Y eso me parece curioso. Después de casi morir en una bodega, hablar frente a un auditorio lleno parece extraordinariamente manejable.

—El trauma recalibra la escala de lo que da miedo —dijo Sofía.

—Eso o la Dra. Ruiz hizo un trabajo excelente. Probablemente ambas cosas.

El Rector terminó su discurso e invitó al escenario a «las estudiantes cuyo trabajo riguroso y valiente expuso una corrupción significativa y protegió la integridad de nuestra institución». La frase era correcta en los hechos pero suavizaba los bordes de manera que Lalita notó y decidió no ignorar cuando tuviera el micrófono.

Las tres subieron. Los aplausos llenaron el auditorio con la temperatura específica de un aplauso que mezcla admiración genuina con curiosidad sobre qué va a pasar.

El Rector entregó certificados formales con el logo institucional en papel grueso y anunció que el Proyecto de Integridad Académica Garza recibiría presupuesto anual de 500,000 pesos y estatus oficial como organismo independiente de supervisión estudiantil con protección formal garantizada.

Más aplausos, más calientes esta vez.

Luego llegó el momento que Lalita había negociado explícitamente en la reunión del rectorado: tiempo en el micrófono sin texto previamente revisado ni aprobado por comunicación institucional.

Se acercó al podio. Colocó su libreta amarilla sobre la superficie —no necesitaba leer nada, pero tenerla ahí era su ancla— y miró al auditorio durante dos segundos antes de hablar.

—Gracias por este reconocimiento. Necesito aclarar algo antes de que continúe la ceremonia: no somos heroínas. Somos estudiantes que notaron un patrón irregular e hicieron preguntas incómodas hasta que alguien tuvo que responderlas.

Pausa breve.

—El verdadero problema de este caso no fue Armando Salinas. Él fue el síntoma. El problema fue un sistema que permitió que un administrador con acceso institucional operara un fraude durante cinco años sin que nadie dentro de la institución lo detectara. Un sistema donde nadie verificaba de manera independiente, nadie auditaba con regularidad, nadie cuestionaba a quien tenía autoridad sobre un área específica.

Vio al Rector tensarse en su asiento. Continuó.

—Salinas defraudó aproximadamente dos millones de pesos. Arruinó la situación financiera de familias que acudieron a él en un momento de vulnerabilidad extrema. Robó oportunidades de atletas legítimos que merecían esas becas. Y lo hizo porque el sistema hizo que fuera relativamente fácil hacerlo durante mucho tiempo.

El auditorio estaba completamente silencioso. No el silencio incómodo de quien no sabe qué hacer, sino el silencio atento de quien está escuchando algo que sabe que importa.

En la primera fila, Sebastián Iturbe tenía una sonrisa que Lalita reconoció: la de alguien que aprecia ver a otra persona decir en voz alta lo que todos piensan pero calculan el costo de decir.

—Las reformas que se anunciaron esta semana son necesarias. Pero no serán suficientes si la cultura institucional no cambia en paralelo. La cultura donde los administradores protegen a otros administradores antes de proteger a la comunidad. Donde el nepotismo —como el que existía entre el Rector Suplente y Salinas— crea conflictos de interés que nadie nombra porque nombrarlos incomoda. Donde los estudiantes que reportan irregularidades son tratados como problema a manejar en lugar de como fuente de información legítima.

Hizo una pausa deliberada, no dramática.

—Por eso el Proyecto Garza acepta este reconocimiento con una condición que ya establecimos en privado y que quiero que conste públicamente: no trabajamos para la universidad. Trabajamos para la comunidad universitaria. Para estudiantes, profesores y personal. Y publicaremos todo lo que encontremos en nuestras investigaciones, sin excepción, sin importar a quién resulte incómodo.

—Armando Salinas irá a prisión. Eso es justicia individual y es necesaria. Pero si no corregimos el sistema que lo hizo posible, alguien más eventualmente encontrará el mismo espacio y lo usará de la misma manera. Y entonces este reconocimiento habrá sido, en el mejor de los casos, un acto simbólico.

Última pausa. Miró directamente al Rector.

—Así que gracias. Pero les pido que juzguen a esta administración no por las palabras de hoy sino por las acciones de los próximos meses. ¿Se implementan las reformas con plazos reales? ¿Se escucha a los

estudiantes cuando señalan irregularidades? ¿Se protege a las víctimas? ¿Se aplican consecuencias a administradores que fallan en supervisión, no solo a quienes cometen el fraude directamente?

—Si eso ocurre, este reconocimiento significa algo real. Si no ocurre, habrá sido relaciones públicas bien ejecutadas. Ustedes decidirán cuál de las dos.

Regresó a su lugar. Hubo un segundo de silencio absoluto —el tipo que ocurre cuando un auditorio procesa si lo que escuchó fue apropiado o excesivo— y luego los aplausos llegaron en oleada, más prolongados y más específicos que los anteriores. Los estudiantes de las filas centrales, de pie. Los periodistas tomando notas. El Rector, aplaudiendo con la expresión contenida de quien ha calculado que no aplaudir sería peor.

Después de la ceremonia, los periodistas rodearon a Lalita con la energía aglutinada de quien ha estado esperando el momento de preguntar. Sofía y Zoé flanquearon la escena con la naturalidad de quienes llevan meses aprendiendo a funcionar como equipo sin coordinación verbal.

—¿No teme represalias de la institución por un discurso tan crítico en su propia ceremonia? —preguntó el periodista del medio local más grande.

—Si hay represalias, serán noticia. Y confirmarán públicamente exactamente lo que acabo de decir sobre la cultura institucional. Así que no, no temo. El único resultado posible es que las cosas mejoren o que quede documentado por qué no mejoraron.

—¿Qué sigue para el Proyecto Garza con los nuevos recursos?

—Vigilancia continua y metódica. Tenemos identificados tres posibles casos para el próximo semestre. Con presupuesto formal y estatus oficial, podemos solicitar información de manera legítima sin tener que infiltrarnos ni depender únicamente de fuentes voluntarias. Eso hace el trabajo más seguro y los resultados más sólidos legalmente.

—¿Más seguro? ¿Hubo momentos de peligro en esta investigación?

—Recibí una amenaza directa de Salinas durante el proceso. Lo documenté, lo reporté a fiscalía de manera inmediata y activé los protocolos de seguridad que el Proyecto tiene desde el Caso anterior. La amenaza no se materializó en daño físico porque el procedimiento funcionó. —Hizo una pausa calculada—. Eso es exactamente la diferencia entre investigar con estructura y hacerlo sin ella.

Sebastián Iturbe esperó a que los periodistas se dispersaran antes de acercarse. Lo hizo con la paciencia específica de alguien que sabe que su momento llegará si no lo fuerza.

—Ese discurso fue brillante. Políticamente arriesgado y brillante en la misma proporción.

—No fue político. Fue lo que había que decir.

—Las mejores jugadas políticas siempre se sienten así para quien las hace. —Sonrió sin que fuera condescendiente—. En serio: el consejo estudiantil quiere explorar una alianza de trabajo con el Proyecto Garza. Tenemos acceso a información y a canales que ustedes no tienen todavía. Podríamos ser complementarios.

Lalita lo estudió durante un momento. Sebastián era político natural —ambicioso, inteligente, calculador— pero había demostrado en el Caso 3 que sus cálculos incluían, cuando le convenía, hacer lo correcto. Eso lo hacía útil con condiciones claras.

—Podemos hablar. Pero con un límite que no es negociable: nosotros investigamos, nosotros decidimos qué publicamos y cuándo. El consejo facilita cuando puede y cuando quiere. No al revés, nunca.

—Completamente aceptable. Les mando propuesta la semana que viene.

—La leeremos.

Cuando el auditorio terminó de vaciarse, el equipo se encontró en el pasillo exterior con el aire frío de noviembre y la luz anaranjada del atardecer.

—Pusiste a la administración en una posición donde tienen que cumplir o quedar expuestos —dijo Villarreal—. Eso fue deliberado y fue correcto.

—Era el único cierre que tenía sentido. La ceremonia sin ese discurso habría sido teatro institucional. Con él, al menos quedó documentado públicamente qué se comprometieron a hacer.

—¿Y si no cumplen? —preguntó Zoé.

—Los exponemos. De nuevo. Con evidencia. Para eso tenemos ahora estructura formal y recursos. —Lalita se encogió de hombros—. No es amenaza. Es descripción de cómo funciona la rendición de cuentas.

—Creaste un sistema donde o mejoran o los documentamos mejorando insuficientemente —dijo Sofía—. Es elegante.

—Es lo que la psicología institucional enseña que funciona: consecuencias verificables y públicas. El comportamiento cambia cuando el costo de no cambiar es visible y concreto.

—Seis semestres de carrera y ya aplicas teoría a política universitaria —dijo Villarreal con algo que era inequívocamente orgullo—. El próximo caso empieza en enero. Eso les da dos meses completos para ser estudiantes normales.

—No sé si puedo ser estudiante normal —admitió Lalita—. Después de todo esto, la teoría abstracta en el aula se siente distante.

—Pero es el fundamento de lo que haces —dijo Villarreal—. Tu formación en psicología te da las herramientas para leer el comportamiento, construir perfiles, entender motivaciones que otros no detectan. Sin esa base, serías alguien con curiosidad. Con ella, eres investigadora.

—Cuando lo explicas así parece más llevadero.

—Para eso estoy. Buenas noches, señorita Thompson. Buen trabajo.

Se fue por el pasillo con su café institucional a medias, con la misma calma con que había entrado a cada reunión difícil de los últimos meses.

Esa noche, Lalita recibió un mensaje de número que reconoció: Rodrigo Mendoza.

Vi tu discurso en el video que subieron. Gracias por hablar de las familias como víctimas también, no solo como cómplices. Mi papá lloró. Dice que tal vez no somos solo criminales. Que tal vez fuimos engañados. No sé completamente si es verdad, pero ayuda.

Lalita respondió despacio, pensando cada palabra:

Ambas cosas pueden ser verdad al mismo tiempo: fuiste engañado en el origen Y tomaste decisiones a lo largo del proceso. No se cancelan. La pregunta que importa ahora no es cuál de las dos fue mayor sino qué haces con eso.

La respuesta llegó al cabo de unos minutos:

Apliqué a cinco universidades con expediente honesto. Si alguna me acepta, empiezo de cero.

Te irá bien. Tienes determinación real y demostrada. Eso es más difícil de construir que un expediente.

Gracias por creer eso.

Guardó el teléfono. Se quedó mirando el techo de su dormitorio durante un momento.

La justicia no era simple. Nunca lo había sido en ninguno de los cinco casos. Rodrigo no era villano ni víctima en términos puros; era una persona que había tomado decisiones bajo presión extrema y que ahora cargaba con las consecuencias mientras intentaba construir algo honesto sobre los escombros. Como muchas personas. Como, en su propia escala, ella misma.

Abrió la libreta en página impar y escribió con letra más tranquila que en semanas anteriores:

Caso 5 — Penúltima entrada: Ceremonia completada. Discurso dado. Compromisos institucionales en el registro público. Rodrigo aplica a universidades con expediente honesto. El sistema cambia, parcialmente, lentamente, con vigilancia constante. Aprendí que la justicia no es un evento. Es un proceso que requiere seguimiento. Y aprendí que puedo hacer este trabajo sin destruirme en el proceso. Un capítulo más y este caso cierra. Después: descanso. Real. Merecido.

Cerró la libreta.

Afuera, el campus estaba oscuro y tranquilo, con las luces de los dormitorios encendidas en patrones irregulares que Lalita había

aprendido a leer como el ritmo de vida de una universidad que dormía tarde y pensaba mucho.

Mañana tendría examen de Neuropsicología. Había dejado de estudiar para él durante dos semanas mientras cerraba el caso.

Esta noche, por primera vez en mucho tiempo, estudiaría sin que el cerebro se fuera a otro lado.

Era un tipo de normalidad pequeño y completamente bienvenido.

Capítulo 8: Cicatrices y Medallas

Dos semanas después de la ceremonia, Lalita se sentó en el consultorio de la Dra. Ruiz para su sesión semanal. Era mediados de noviembre y el campus había entrado en esa fase final del semestre donde los pasillos huelen a café y ansiedad de exámenes. La luz de la tarde entraba oblicua por la ventana, proyectando sombra larga sobre el sillón donde Lalita siempre se sentaba, siempre en el mismo ángulo, siempre con la mochila en el piso y no colgada del respaldo.

—¿Cómo te sientes ahora que el caso cerró oficialmente? —preguntó la Dra. Ruiz.

—Cansada. Aliviada. Orgullosa. Asustada todavía. Todo simultáneamente y sin que ninguno cancele a los otros.

—Explícame el «asustada todavía».

Lalita consideró la respuesta con el cuidado que había aprendido a darle a las preguntas de la Dra. Ruiz. No eran preguntas que se contestaran con lo primero que venía a la mente.

—Salinas está en prisión. Maldonado está en prisión. Los peligros inmediatos terminaron. Pero mi cerebro todavía reacciona como si viviera en una situación de amenaza constante. Reviso sobre mi hombro cuando camino de noche. Me sobresalto con ruidos inesperados en pasillos. Las pesadillas siguen llegando dos o tres veces por semana en lugar de cinco, que es progreso, pero no son cero.

—Dos o tres en lugar de cinco es progreso significativo.

—Pero no es curación completa.

—No. Y probablemente no vuelvas exactamente a quien eras antes del Caso 4. Eso no es el objetivo. El objetivo es ser una versión funcional, saludable y sostenible de quién eres ahora, con el trauma integrado como parte de tu historia en lugar de como algo que te controla.

—¿Cuánto tiempo toma eso?

—Años, probablemente. Pero cada caso que resuelves sin trauma adicional —como el Caso 5— refuerza que puedes hacer este trabajo de manera inteligente. Y eso reconfigura gradualmente cómo tu sistema nervioso interpreta el riesgo. No de golpe. Por capas.

Lalita asintió. Era la respuesta honesta, no la que quería pero sí la que necesitaba.

—Quiero contarte algo específico del Caso 5 que no había mencionado todavía. Durante la investigación recibí una amenaza por mensaje de texto. Las mismas palabras que usó Maldonado en la bodega.

La Dra. Ruiz no cambió de expresión pero su atención se afinó de manera perceptible.

—¿Y cómo respondiste?

—Tuve ataque de pánico inicial. El corazón, la respiración, todo el protocolo clásico. Pero después, en lugar de confrontar la situación sola o tomar alguna decisión impulsiva, seguí el procedimiento: informé a Villarreal, me fui a casa segura de Zoé, esperé a que fiscalía hiciera su trabajo. No fui heroína. Fui metódica.

—¿Y cómo te hace sentir eso, en retrospectiva?

—Conflictuada todavía. Hay una parte de mí que siente que debería haber sido más valiente, más confrontacional, que el protocolo fue una forma disfrazada de cobardía. Y otra parte que sabe que ser metódica cuando el instinto grita lo contrario es, probablemente, la forma más genuina de valentía que existe.

—La segunda parte tiene razón —dijo la Dra. Ruiz sin hesitación—. Valentía no es ausencia de miedo ni es sinónimo de tomar riesgos innecesarios. Es hacer lo correcto a pesar del miedo, con las precauciones que la situación requiere. Lo que hiciste en el Caso 5 es exactamente el modelo de funcionamiento al que llevamos meses trabajando.

—Entonces estoy mejorando.

—Estás evolucionando. Que no es lo mismo que mejorar en el sentido de recuperarte, sino avanzar hacia una versión de ti que integra todo lo que viviste y trabaja desde ahí. Detective más sabia, más cuidadosa, más sostenible a largo plazo. Eso vale más que la versión anterior que no sabía lo que sabe ahora.

Lalita sintió que algo cedía en el pecho. La validación de alguien que entendía el mecanismo del trauma desde adentro tenía un peso diferente al de las palabras de Zoé o Sofía, por mucho que esas también importaran.

—Gracias. Necesitaba escuchar eso dicho así.

Esa tarde, llegó a la oficina de Villarreal para el cierre formal del expediente. La habitación olía a café frío y papel archivado, igual que siempre. El escritorio tenía la misma disposición caótica de carpetas que Lalita había aprendido a interpretar: cuando el caos era ordenado a su manera, Villarreal estaba al día. Cuando las pilas se desbordaban hacia las sillas, estaba rebasado.

Hoy las sillas estaban despejadas.

—Todos los documentos archivados, todos los testimonios entregados a fiscalía, todo el papeleo universitario procesado —reportó Villarreal—. El Caso 5 está oficialmente cerrado desde la perspectiva del Proyecto Garza.

—¿Qué pasó con Salinas al final?

—Aceptó acuerdo de culpabilidad esta mañana. Seis años de prisión, restitución completa de los dos millones de pesos defraudados, prohibición permanente de trabajar en instituciones educativas o administración pública.

—¿Seis años son suficientes?

—Para fraude de esta magnitud y con acuerdo negociado, es sentencia respetable. Fiscalía prefirió condena inmediata y cierta sobre la posibilidad de más años en juicio que podía complicarse. Es justicia imperfecta, pero es justicia real.

—¿Y el entrenador Vázquez?

—Reprimenda formal, libertad condicional por un año, pero conserva su puesto. Está en terapia y según Ramírez reporta que puede dormir bien por primera vez en meses. El peso de la culpa acumulada era devastador.

—Me alegra que tenga esa salida.

—Los atletas: Rodrigo fue aceptado en universidad estatal con beca parcial basada en rendimiento académico real, no deportivo. Empieza de nuevo con expediente honesto. Marina y Kevin están evaluando opciones. Los tres perdieron las becas fraudulentas, los tres tienen posibilidad de empezar de otra forma.

—¿Y las reformas?

—En implementación activa. El primer comité revisor ampliado se reunió esta semana. Primera auditoría externa de becas programada para enero. El Director de Admisiones renunció voluntariamente y fue reemplazado por una administradora con reputación de rigor. —Villarreal hizo una pausa—. Tu discurso en la ceremonia los puso en posición donde cumplir era más barato que quedar expuestos. Eligieron cumplir.

—Por ahora.

—Por ahora. Por eso existe el Proyecto Garza: para que «por ahora» tenga seguimiento. —Deslizó sobre el escritorio una carpeta gruesa y sobre ella una carta con membrete universitario—. Esto es tu archivo oficial del caso para tus registros personales. Y esto es reconocimiento formal firmado por el Rector. Va a tu expediente académico permanente.

Lalita leyó la carta. Era elogiosa sin ser exagerada, específica sin ser condescendiente. Documentaba el trabajo con la misma precisión con que ella había documentado el caso.

—Gracias. Por supervisar, por proteger, por creer que podía hacer esto incluso en los momentos en que yo misma lo dudaba.

—Es mi trabajo —dijo Villarreal, y luego vaciló levemente, lo cual en él era equivalente a una pausa larga—. Y es privilegio genuino trabajar con una investigadora de su calibre. Incluso cuando me obliga a acumular canas prematuras preocupándome por su seguridad.

—Le prometo que los próximos casos seguirán contribuyendo a ese proceso.

—De eso no tengo ninguna duda.

Esa noche, el equipo completo se reunió en el apartamento de Sofía para celebración sin protocolo: pizza, refrescos, música de fondo a volumen de conversación. Lalita había invitado también a Sebastián Iturbe, decisión que le había sorprendido a ella misma pero que al reflexionarlo tenía sentido: él había sido parte del caso, de una manera que ninguno había elegido, y había demostrado en el proceso que podía ser algo más que antagonista.

Sebastián llegó con un refresco de más y sin hacer comentarios sobre la informalidad del espacio, lo cual Lalita interpretó como gesto de inteligencia social.

Levantó su vaso en algún momento de la noche:

—Por el Proyecto Garza. Por exponer corrupción, proteger víctimas, y hacer que el resto de nosotros luzcamos mediocres por comparación.

—Yo bebo a eso —dijo Sofía.

—Por sobrevivir —agregó Zoé, mirando a Lalita con la especificidad de quien sabe exactamente qué palabra está usando—. Y por aprender a hacer este trabajo sin que cueste la vida en el intento.

—Por evolución sin perfección —dijo Lalita—. Por ser mejores que ayer aunque no perfectas todavía.

Bebieron. Comieron. La conversación fue derivando hacia temas ordinarios: exámenes finales, un profesor que había cancelado clase sin avisar, la cafetería que había subido el precio del café otra vez. La normalidad universitaria que existía paralela al trabajo extraordinario y que era, Lalita lo entendía cada vez mejor, exactamente el territorio que valía la pena proteger.

En un momento más tranquilo, cuando Zoé y Sofía discutían algo sobre un libro de criminología, Sebastián le preguntó en voz baja:

—¿Alguna vez te arrepientes? De ver lo que ves, de cargar lo que cargas. Lalita consideró la pregunta sin apresurarse.

—A veces. Cuando las pesadillas son particularmente malas, cuando el miedo me paraliza en situaciones completamente ordinarias, cuando veo cuánta corrupción existe y la proporción entre lo que puede hacerse y lo que debería hacerse parece insalvable. En esos momentos, sí.

—¿Pero?

—Pero luego recibo un mensaje de Rodrigo diciendo que su papá por fin puede sentir que no son solo criminales. O veo reformas reales implementándose en una institución que funcionaba con los ojos cerrados. O ayudo a alguien a recuperar una fracción de la justicia que mereció desde el principio. Y recuerdo que alguien tiene que hacer las preguntas incómodas. Que alguien tiene que preocuparse lo suficiente para documentar lo que los sistemas prefieren que no se documente. Y resulta que soy buena en eso.

—Más que buena —dijo Sofía desde el otro extremo del cuarto, sin apartar los ojos del libro, lo cual indicaba que no había estado tan absorta en la conversación anterior como parecía—. Excepcional. Con trauma y con miedo incluidos.

—Tal vez el trauma ayuda —reflexionó Lalita—. No porque sea bueno tenerlo, sino porque me da acceso a algo que no se aprende en libros: entender la vulnerabilidad desde adentro. Entender cómo los sistemas corruptos identifican y explotan la desesperación porque yo sé lo que se siente cuando el miedo toma decisiones por uno.

—Convertir la herida en herramienta —dijo Zoé.

—O racionalizar el trauma de manera productiva —respondió Lalita—. A veces es difícil saber cuál de los dos está pasando.

Todos se rieron, y en la risa había algo genuino y sin bordes que Lalita reconoció tardíamente como alivio compartido.

Más tarde, caminando sola de regreso a su dormitorio por el campus en silencio de noche fría, llevaba el spray de pimienta en el bolsillo del abrigo y revisó sobre su hombro dos veces antes de llegar a su edificio. No con el sobresalto involuntario de las primeras semanas después del Caso 4. Con la precaución deliberada de alguien que ha aprendido a distinguir entre miedo que avisa y miedo que miente.

En su dormitorio, abrió la libreta en la última página impar disponible y escribió el informe final con la misma letra ordenada de siempre, más pequeña que al principio de la investigación, como si el espacio en la página también hubiera aprendido a administrarse:

INFORME FINAL — CASO 5: FRAUDE EN LAS BECAS DEPORTIVAS
Resultado: exitoso. Armando Salinas: seis años de prisión, restitución completa. Entrenador Vázquez: reprimenda, conserva trabajo, recibe terapia. Atletas: consecuencias académicas, segunda oportunidad real. Reformas institucionales: en implementación verificable. Víctimas: recibiendo asistencia financiera. Costo personal: amenaza recibida, un ataque de pánico, noches sin dormir. Sin trauma adicional significativo. Sin bodega. Sin navaja. Lección central del Caso 5: no se trata de no tener miedo. Se trata de funcionar dentro del miedo con protocolos que lo vuelvan manejable. Caso cerrado. Detective: evolucionando.

Cerró la libreta.

Miró por la ventana hacia el campus oscuro donde el semestre seguía su curso sin saber nada de becas fraudulentas ni de meses de investigación ni de una chica de veintiún años aprendiendo, caso a caso, a ser exactamente quien necesita ser.

Mañana habría clases, tarea, café que se enfriaría antes de que terminara de tomarlo.

Y en algún momento, cuando hubiera descansado lo suficiente, habría otro caso.

Porque Eulalia «Lalita» Thompson no era detective que se rendía.

Era detective que aprendía.

Y por ahora, eso era más que suficiente.

EPÍLOGO

Seis meses después, durante juicio final de Maldonado por el Caso 4, Lalita testificó calmadamente sobre eventos en la bodega. Su testimonio fue preciso, devastador, profesional.

Maldonado la miró desde el banquillo con expresión que mezclaba odio y algo parecido a respeto.

Fue sentenciado a dieciocho años.

Cuando saliera, Lalita tendría casi cuarenta.

Para entonces, esperaba ser lo suficientemente sabia para no tener que enfrentarlo.

O lo suficientemente preparada si tenía que hacerlo.

Mientras tanto, había casos que resolver.

Víctimas que proteger.

Sistemas que reformar.

Y una vida que vivir a pesar del miedo.

Porque el miedo no la descalificaba.

La hacía humana.

Y ser humana con miedo que aun así elige hacer lo correcto es la valentía más real que existe.

FIN

Próximamente: "Caso 6"

LA VENTA DE GARAJE

Cuando fraude académico en departamento de Ingeniería amenaza graduación de docenas de estudiantes, Lalita descubre red de profesores vendiendo calificaciones. Pero esta vez investiga diferente: más paciente, mejor respaldada, y con plena conciencia de que sobrevivir es más importante que resolver rápido.